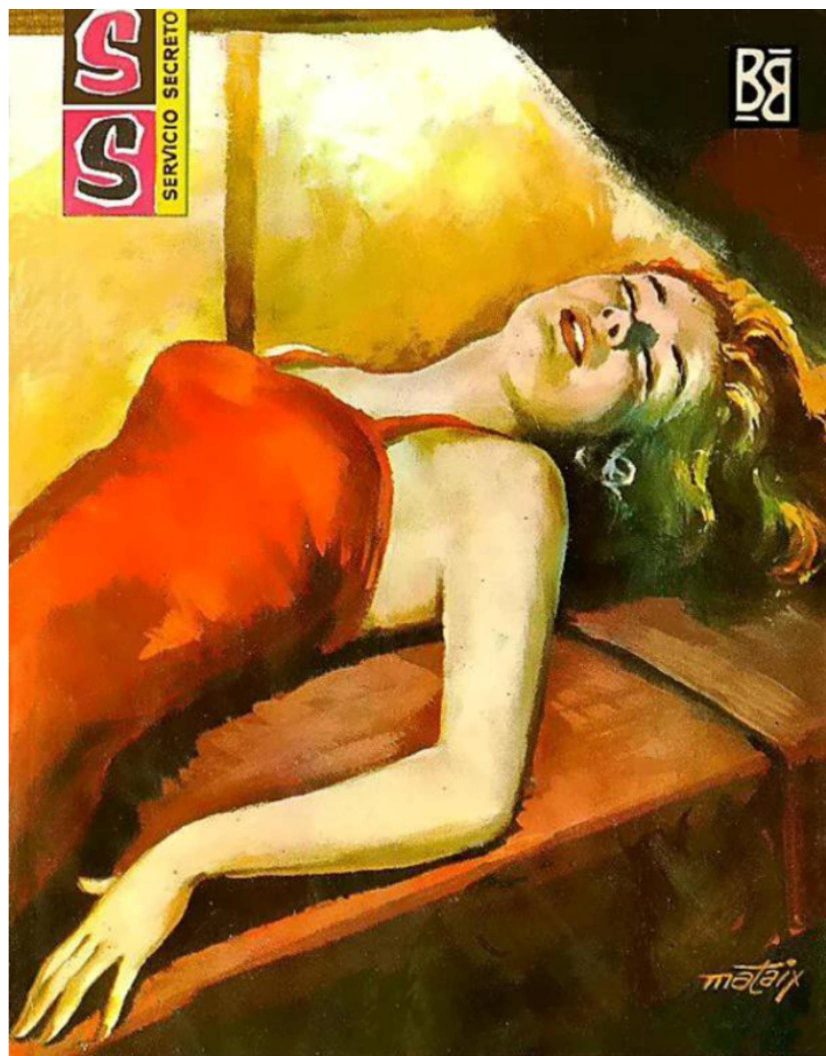


PARA TI EL CADAVER

Burton Hare



BURTON HARE

PARA TI
EL CADÁVER

Col. SERVICIO
SECRETO n.º 727
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 12589 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: JULIO 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 2220/64

CAPÍTULO I

Se levantó un rumor de marea en la sala cuando abandoné el estrado de los testigos. Como ya había experimentado otras veces, las miradas que se clavaban en mi eran dardos cargados de desprecio.

Atravesé la valla y eché a andar por el estrecho pasillo. Las cabezas se volvían para verme, y, a pesar de que yo mantenía la vista al frente para no tropezar con aquellos ojos, me daba perfecta cuenta de que, quién más quién menos, estaba comparándome con una mofeta.

Llegué a la puerta de salida en el momento en que se declaraba cerrada la vista. Salí, y mientras se cerraban las puertas a mis espaldas el rumor creció hasta cesar bruscamente cuando se cerraron del todo.

Un hombre estaba apoyado en la pared, fumando. Levantó la cabeza y sonrió.

—¿Cómo se siente, Blake? —preguntó, burlón.

Me detuve. Busqué un cigarrillo en mis bolsillos y retruqué:

—¿A quién le importa cómo me siento?

—Debería importarle a usted. ¿No huele su propio hedor?

Le miré a la cara. Era robusto, ancho de hombros y tenía una cara con facciones rudas y barbilla agresiva.

Me encogí de hombros.

—Es inútil, teniente —dije—. Pierde el tiempo si se prepone pasarme por las narices mi baja condición.

Abandonó el apoyo de la pared y avanzó hacia mí. Casi me empujó hacia la salida.

—Vamos, salgamos de aquí —gruñó—. Con usted nunca sé a qué atenerme… Unas veces me da asco, otras me repugna y de vez en cuando me inspira lástima. Es un condenado problema descifrar todo esto.

—Guárdese sus sentimientos, Carrigan. No me importa maldita la cosa lo que opine de mí.

—Lo malo es que no le importa la opinión de nadie. No tiene usted ya ni sombra de hombría.

—Si quiere seguir así será mejor que se largue. No estoy de humor para aguantarle esta mañana.

—Olvídelo. ¿Tomamos un trago? Hay un bar a dos pasos de aquí.

—No pienso beber con usted a menos que cierre la boca.

—*Okey*, considéreme mudo.

El bar estaba desierto y pudimos instalarnos en un rincón. El teniente Carrigan se acercó al mostrador y vino a la mesa trayendo los dos vasos en los cuales flotaban los pedazos de hielo.

—Tome —refunfuñó—. Me parece que le hace falta.

—Es la primera cosa sensata que le oigo decir.

Bebí todo el contenido de un trago. Él sorbió un poco y sonrió.

Dijo:

—Puede pedir otro si quiere.

Me levanté y fui al mostrador en busca de más *whisky*. Cuando regresé a la mesa el policía no había bebido todavía un segundo sorbo.

—Está bien —le dije—; suéltelo.

—¿El qué?

—Lo que le escuece. Usted no me ha invitado por el placer de gozar con mi compañía.

—Tiene razón. Nadie puede gozar en su compañía, Blake. Pero la verdad es que por esta vez no tengo nada contra usted. Sólo me intriga, eso es todo.

—¿Sí?

—¿Cuánto le han pagado por ese sucio trabajo?

—¿Es un interrogatorio oficial, o solamente curiosidad?

—Curiosidad.

—Cien dólares.

—Ya veo… Cien dólares para prestarse a amañar un divorcio. Una pareja quiere separarse, pero como los tribunales y las leyes de nuestro Estado son un tanto rígidas para esto, recurren a un muerto de hambre como usted, con una licencia en el bolsillo, y todo solucionado. Con sucias fotografías y todo, ¿eh?

—Si lo sabe usted de memoria, teniente, ¿para qué quiere que le diga algo?

El vaso me tentaba, Lo vacié sin respirar. Después encendí un cigarrillo y aspiré el humo, esforzándome por resistir la escrutadora mirada del polizonte.

Hasta que habló de nuevo:

—Lo que me gustaría saber es cómo ha llegado a esto… Nueva York destroza a los tipos blandos que llegan procedentes de provincias, pero usted no tenía nada de blando cuando vino… Según mis noticias era endiabladamente duro… ¿Cómo se ha dejado destrozar así?

—Hemos quedado que mantendría la boca cerrada, teniente.

—A veces no puedo hacerlo.

Me levanté.

—Entonces discuta con la silla. Gracias por la bebida.

Di un par de pasos para largarme.

—Siéntese.

Le miré a la cara. No bromeaba en absoluto.

Volví atrás y me dejé caer sobre la silla, expulsando el humo con violencia. Comenzaba a ponerme nervioso.

Él siguió mirándome unos instantes. Después gruñó:

—Si cuando solicitó la legalización de su licencia en nuestro Estado hubiese podido pensar que iba a convertirse en lo que es ahora, jamás la hubiera usted obtenido. ¿Cómo se las arregló para que la policía de California diera tan buenos informes de usted?

—Tal vez fueran ciertos en aquella época…

—La ironía no le sirve conmigo. «Sé» que eran ciertos. Pero desde que llegó aquí se ha esforzado usted en convertirse en un degenerado… No lo comprendo.

—Escuche, Carrigan. ¿A qué obedece ese interés por mí? No le he pedido nada, ¿no es cierto? No he recurrido a usted ni a su maldito Departamento para nada. Y usted no es ningún sentimental. ¿A qué entonces todo esto?

—No lo sé —confesó—. Me intriga, eso es todo. Me gusta estudiar a los hombres, comprenderlos. Eso me sirve para mi trabajo, no crea. Sin embargo, con usted me estrello siempre. Sé que tarde o temprano acabará usted entre rejas… o alguien lo dejará inútil de una paliza. Pero me intriga. Nunca me había encontrado

con alguien que tuviese tanto empeño en hundirse y degradarse. Hasta cierto punto es usted un caso clínico.

—Por el solo hecho de aguantarle ese discurso me he ganado otro trago, Carrigan.

—Vaya a buscarlo si quiere.

Fui, naturalmente. Cuando regresé con el *whisky* él vació el suyo. Entonces le solté:

—Usted presume de rectitud y de dureza, Carrigan. Es un poli insobornable, el orgullo de la brillante Brigada de Homicidios… Muy bien. Tiene detrás de sí una gran organización, y supongo que también una familia… mujer, hijos…

—¿A dónde quiere ir a parar?

—No lo sé, ésta es la verdad. Creo que estaba pensando en voz alta. Olvídelo y déjeme en paz.

Se encogió de hombros y masculló:

—Algún día, Blake, tendré que enfrentarme con usted profesionalmente. Entonces no seré tan blando como ahora. Todos los tipos que se complacen en hundirse a sí mismos, en compadecerse y en decirse una y otra vez que son los más desgraciados sobre la tierra acaban en mi Departamento, porque cuando quieren levantar cabeza sólo pueden hacerlo por medio de la violencia…

—¿De veras? —dije, burlón.

—Seguro. Con la violencia quieren convencerse de que todavía son hombres, de que todavía pueden enfrentarse a una sociedad que los ha repudiado y entonces es cuando se estrellan de verdad.

—Amén.

—Ríase, Blake. Aunque riéndose nadie le dará dinero.

Se levantó, dispuesto a irse. Levanté la cabeza para verlo. Entonces le dije:

—Recuerde que tiene que pasar por caja, teniente… Apretó las mandíbulas, pero inmediatamente relajó la tensión de sus músculos y sonrió.

—Creo que he hecho el ridículo —soltó una corta carcajada antes de alejarse y añadió como despedida—: ¿Sabe usted, polizonte? Un día de éstos, cuando tenga tiempo y humor para ello, voy a pedir a la policía de Los Ángeles que me cuente su historia… tal vez así me libre de dudas…

—Hasta la vista, Carrigan.

Se alejó, pagó las bebidas y salió a la calle sin volver la cabeza.

Un gran tipo de teniente Carrigan. Había equivocado la carrera. Debería haber elegido la de Pastor Metodista.

Volví al mostrador y pedí otro *whisky*. Pensé en los cien machacantes que había cobrado y dije que me lo sirvieran doble. Cuando lo hicieron regresé a mi mesa y encendí un cigarrillo, mientras pensaba en el teniente, en lo que había dicho y en sus predicciones sobre el porvenir. Me dije que él no podía saber cuánta razón tenía. Vendría un día en que yo, Steve Blake, cometería un asesinato. Eso sería de la total incumbencia de la Brigada de Homicidios.

Bebí el doble casi de un trago. Cada vez que pensaba en esto experimentaba una extraña sensación de euforia, como si una droga penetrara en mis venas. Tenía que matar. Ése era el pensamiento.

Matar.

Lo curioso era que deseaba hacerlo. Deseaba tener aquella garganta entre mis dedos y apretar… apretar…

El chasquido del cristal al romperse me volvió a la realidad. El vaso se había hecho añicos entre mis agarrotados dedos y una esquirla me había cortado la carne.

Dejé caer los pedazos al suelo y restañé la sangre con el pañuelo. El mozo salió de detrás del mostrador y vino para secar la mesa.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó, seguramente pensando en la propina.

—Un pequeño corte; no es nada. Tráigame otro doble, ¿quiere?

Arrinconó los cristales junto a la pared y se apresuró a traerme el pedido. El alcohol empezaba a dejarse notar. Ya no me sentía cansado. No hay nada como el *whisky* para animarlo a uno…

Permanecí en aquel bar hasta que el estómago pidió algo más que *whisky*. Entonces lo abandoné y anduve calle abajo.

Hice esfuerzos para alejar al teniente de mis pensamientos. No conducía a nada preocuparse por él ni por lo que sucedería algún día. Cuando llegase la ocasión sería la hora de preocuparse.

Comí como de costumbre en un «automático». Después tomé rumbo a mi oficina, pero por el camino me dije que con cien dólares en el bolsillo no necesitaba para nada encerrarme en aquel pestilente agujero, de manera que busqué la calle Chrystie, a

espaldas de Bowery, y allí me metí en el bar de Shorthy.

El pelirrojo irlandés sonrió y tomando una botella de *ray* la dejó sobre el mostrador.

—Hola, Steve. Veo que estás en fondos.

—Sí, he tropezado con algunos billetes… ¿Cuánto te debo?

—Siete pavos y algunos centavos. Pero dame sólo los enteros.

Le entregué siete dólares. Antes de llevarlos a la caja puso un vaso delante de mí.

El primer trago resultó amargo, pero los demás cambiaron de sabor y ardieron en mi cerebro como era su obligación.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, pero cuando salí el sol se había ocultado, el pavimento bailaba bajo mis pies y las imágenes tenían una sorprendente aureola gris a su alrededor.

Bien, todo estaba bien si había suficiente alcohol con que arreglar las cosas.

Yo conocía muy bien esa sensación, de manera que anduve despacio, sin un solo pensamiento desagradable, y en pocos minutos estaba en mi diminuto apartamento.

Ni siquiera cuando abrí el cajón de la cómoda, donde descansaba la fotografía, sentía absolutamente nada. Estuve unos instantes mirándola, como desafiando a mi mente a jugarme la trastada de costumbre.

No sucedió nada. Eso era señal inequívoca de que estaba borracho. Sólo estando borracho podía contemplar aquella fotografía sin sentir un tirón en mis nervios y una garra en el corazón.

Era la fotografía de la persona a quien, más pronto o más tarde, tenía que matar.

CAPÍTULO II

La cabeza me dolía como un infierno. Desde que había saltado de la cama, un millón de clavos se hincaban con entusiasmo en mi cráneo como resultado de la borrachera del día anterior, lo cual no era nada nuevo para mí pero sí desagradable.

Me detuve en una farmacia y compré unas tabletas contra el dolor. Aproveché que estaba allí para ir al otro mostrador y adquirir también una botella de *bourbon para la oficina. Hacía mucho tiempo que había agotado la última.*

El sucio edificio donde tenía mi despacho bullía de actividad. Una vez me había dicho el encargado que yo era el último en acudir al trabajo todos los días. Lo tomé como un elogio. Aquel edificio había sido en tiempos una casa de cierta categoría, con apartamentos grandes y confortables. Después, a algún hijo de perra se le había ocurrido la idea de convertirla en una colmena insalubre multiplicando por cien los apartamentos y ahí estaba el resultado: Centenares de agujeros dedicados a alguna actividad. Sobre todas las puertas campeaban los rótulos profesionales de los desgraciados que vegetábamos más o menos mal a cambio de un alquiler astronómico.

Me derrumbé detrás de la mesa y engullí las pastillas contra el dolor empujándolas con un largo trago de la botella. Después la guardé en un cajón de la mesa, eché el sillón hacia atrás y coloqué los pies sobre la mesa. Era una manera como otra cualquiera de empezar el día.

Creo que dormité un rato, experimentando una sensible mejoría en mi dolor de cabeza. Entonces se abrió la puerta de lo que pomposamente había bautizado como sala de espera y alguien llamó con los nudillos en la del despacho.

Saqué los pies de la mesa y, grité:

—Adelante.

Se abrió la puerta y entró una mujer. ¡Pero qué mujer! No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Jamás, antes de entonces, había pisado aquel estercolero nadie semejante.

Tendría unos treinta años y su estatura era algo más que mediana. Delgada, pero con las curvas suficientes para que uno supiera dónde estaba cada cosa, y puedo certificar que todo era de primera calidad.

Poseía un rostro expresivo y un tanto exótico a causa de sus pómulos un poco salientes. También sus ojos eran rasgados y grandes, misteriosos.

Toda una señora.

—¿No se ha equivocado de dirección? —le pregunté.

—¿Es usted Steve Blake?

—El mismo.

—Entonces no me he equivocado.

—Bien, siéntese.

Lo hizo. Empecé a sentir un calorcillo muy agradable al contemplarla. Sus vestidos eran de excelente calidad, y se adaptaban a su cuerpo con tanto entusiasmo como me habría adaptado yo de haber tenido oportunidad.

—¿En qué puedo ayudarla? —indagué.

Estuvo unos instantes mirándome a la cara sin parpadear. Era una dama que sabía ir por el mundo sin necesitar ayuda de nadie.

—¿Le molesta que fume?

—En absoluto.

Le ofrecí de los míos, pero ella sacó una hermosa pitillera de oro del bolso y extrajo un largo cigarrillo. También al ofrecerle lumbre llegué tarde, pues encendió con un diminuto encendedor, también de oro. Tanto en uno como en otro objeto había unas iniciales grabadas: D.
D. Me
pregunté cuál sería su nombre.

Exhaló el humo con placer antes de volver a hablar.

—Necesito que haga un trabajo para mí —dijo al fin.

—Bien; cuénteme.

Fumó unos instantes en silencio. Parecía estudiarme con tanto interés como un entendido valorando a un caballo de raza.

—Mi marido ha desaparecido hace un par de días, míster Blake.

Me gustaría encontrarlo.

—¿Sí?

—No parece sorprenderse, ¿verdad?

—¿Por qué tendría que hacerlo? No hay nada en este condenado mundo que pueda sorprenderme… creo.

Sonrió. Sus labios eran una maravilla cuando sonreía. Bueno, y sin sonreír también, la verdad sea dicha.

—Me parece que es usted lo que se llama un cínico, míster Blake —murmuró.

—Me han llamado otras muchas cosas, la mayoría menos agradables. Pero creo que nos estamos desviando de la cuestión. Cuénteme su problema.

—Sí, claro. Mi esposo acostumbra a emprender algún viaje de vez en cuando. Cuestión de negocios. A veces tiene que salir repentinamente fuera de la ciudad, y en esos casos, si yo no estoy en casa él me deja una nota explicándome las cosas y diciéndome cuándo piensa estar de vuelta.

—Ya veo. Y esta vez no lo ha hecho así.

—No.

—Está bien, todo esto queda muy claro. Sin embargo, no veo que haya motivo para alarmarse. Después de todo son dos días solamente los que hace desde que se marcho. Puede estar en cualquier parte… incluso es posible que se emborrachara y siga de juerga.

—No conoce usted a mi esposo, míster Blake. Él no es de esa clase. Incidentalmente, le diré que es más bien tacaño… No le gusta tirar el dinero en juergas, ¿comprende?

—Mire, estos casos se dan muy a menudo. Casi estaría por afirmar que ha encontrado una aventura más o menos galante y está ahora viviendo lo que él cree una gran oportunidad. Siempre ocurre así. Sólo cuando se dan cuenta que su cartera ha sido vaciada hasta del polvo empiezan a pensar que han estado haciendo el ridículo y deciden regresar al hogar. No sería ningún caso extraordinario y…

—Sinclair no es así —afirmó, interrumpiéndome—. Pero si usted estuviese en lo cierto nada podría complacerme más… si se podía probar.

Empecé a comprender a dónde quería ir a parar.

—Así que es eso lo que quiere, ¿eh?

—He dado instrucciones a mis abogados para que inicien un proceso de separación —explicó—. Es imposible convivir con mi marido. Es tacaño, cruel y despiadado. En una ocasión me golpeó, y no me hizo más daño porque alguien se interpuso, sujetándolo, de lo contrario no sé cómo habría terminado aquello…

—Ya veo… Supongo que no tendrá usted idea de dónde puede haber ido.

—En absoluto.

—Y también me imagino que habrá venido usted a mí para que yo le facilite el divorcio, ¿verdad?

—Si pudiera usted hacerlo le quedaría muy… muy agradecida, míster Blake.

—Comprendo. Dígame una cosa. ¿Por qué ha acudido a mí precisamente?

Vaciló, aunque sin perder en absoluto la seguridad en sí misma. Al fin se decidió a hablar claro.

—Estuve en el tribunal civil, ayer por la mañana, míster Blake. Me di cuenta de que usted era el hombre que yo necesitaba. Tuve la impresión de que usted consigue siempre lo que se propone sin importarle mucho cómo lo logra.

—Así que estuvo allí, ¿eh? Imagino que se divertiría…

—Pues… sí. Aunque los abogados de la parte contraria se ensañaron un poco con usted, ¿verdad? No le dejaron muy limpio…

—¿Qué espera que le diga? No voy a quejarme por lo que me dijeran en el tribunal… uno llega a acostumbrarse a todo. Bien; usted vio mi actuación en aquel caso y pensó que muy bien podría servirse de mí para facilitarle a usted las cosas. ¿Es así?

—Sí.

—Perfecto.

Saqué la botella del cajón y eché un trago. Sin saber por qué, aquella dama me ponía nervioso. Ella estuvo mirándome mientras bebía sin que en su hermoso rostro dejara asomar la más mínima expresión.

Después de guardar la botella dije:

—Hábleme ahora de las actividades de su esposo. Ya sabe; sus negocios, los lugares a dónde solía ir cuando emprendía algún viaje, en fin: todo lo que pueda ser de interés.

—Sí… Él tiene intereses en distintas firmas esparcidas por todo el Estado… Nunca ha querido hablarme de sus negocios, pero por lo que he podido comprender su especialidad es levantar negocios que se han hundido a causa de una falta de capital.

—Acláreme eso.

—No es difícil de comprender. Por ejemplo: Hay un negocio, no importa de qué clase, que está casi arruinado, o a punto de ser embargado. Mi marido acude e invierte dinero en él, formando una especie de sociedad con el propietario, pero quedándose la mayoría de acciones, o firmando un contrato en el cual él se reserva la mayor parte de los beneficios. Bien, el propietario se salva de la ruina y del embargo y puede seguir con el negocio, pero solamente con un treinta o un treinta y cinco por ciento de los beneficios. El resto se lo embolsa mi marido.

—Comprendido. ¿Tiene muchos negocios en estas condiciones aquí, en la ciudad?

—Pues… sí, creo que sí, aunque yo sólo le conozco dos…

—¿Cuáles son?

—Uno es una tienda de antigüedades, una especie, de galería de arte. Parece que le va muy bien. El otro es un club nocturno llamado «La Pagoda».

Me enderecé de golpe.

—¿«La Pagoda»? —exclamé.

—Sí. ¿Por qué se sorprende?

—Yo tenía entendido que ese establecimiento pertenecía a un tipo llamado Sagar.

—Todo el mundo cree lo mismo. Pero en realidad quien puso el dinero para ese negocio fue mi esposo. Sagar siguió al frente de él, después de reformarlo a fondo.

—No me gusta eso —mascullé.

—¿Por qué?

—Sagar es veneno puro. Una serpiente de cascabel a su lado es un animal doméstico. Me pregunto si el marido de usted sabía con la clase de bicho que se asociaba cuando invirtió dinero en ese local…

Se encogió de hombros y afirmó:

—Sinclair sabe cuidar de sí mismo, míster Blake.

—Sí, hay mucha gente que cree que puede cuidarse

perfectamente hasta que alguien les demuestra lo contrario… En fin, todo esto no me parece nada alarmante.

Sigo opinando que su marido está viviendo un romance con alguna mujer. Tal vez alguna de las mismas beldades que frecuentan «La Pagoda».

—Lo dudo, pero vuelvo a repetirle que nada podría complacerme más.

—Escuche… y trate de comprenderme. No se trata de que no me guste el trabajo. Con tal de que haya dinero a ganar acepto todo lo que se presenta por nauseabundo que sea. Pero en este caso voy a tropezar con infinitas dificultades… Buscar a un hombre entre ocho millones no es una tarea para un tipo solo. ¿Por qué no recurre a la policía? Ellos tienen un Departamento dedicado solamente a ese trabajo. Y no cobran nada.

—No me interesa la policía. Quiero un detective y, si es posible, quiero que me proporcione pruebas suficientes para obligarle a aceptar la separación sin oponer dificultades.

—Ya veo…

Seguía mirándome. Su misma belleza me inquietaba. Era una mujer de una categoría muy por encima de las que yo estaba acostumbrado a tratar.

Me pregunté hasta qué extremo estaría dispuesta a llegar para encontrar a su marido. Tal vez por eso dije tranquilamente:

—Eso le costará quinientos dólares… de momento.

—Me parece mucho dinero, míster Blake.

—Lo toma o lo deja. Y he de decirle que no encontrará muchos investigadores privados dispuestos a aceptar su caso.

—Ya veo…

Se encogió de hombros. Ése era un gesto que me gustaba. Aunque, pensando en eso, me gustaba ella y todo lo que hacía.

Abrió el bolso y extrajo un fajo de billetes impresionante. Me llamé estúpido por no haber pedido más, pero ya habría tiempo para eso.

Separó quinientos dólares y los empujó hacia mí a través de la mesa.

—Ahí tiene —runruneó—. No soy tacaña, míster Blake, si consigo resultados. Usted mismo podrá comprobarlo… más adelante. En realidad, me gusta mostrarme agradecida en todos los

aspectos.

—¿De veras?

—Usted lo verá.

—Estoy seguro.

Sonrió maravillosamente. Sus labios formaron un dibujo perfecto. Seguramente que tomarían la misma forma cuando se dispusiera a besar a un hombre. Eso puso extrañas ideas en mi cabeza.

Manoseé los billetes y al fin los dejé caer en un cajón de la mesa.

—¿Tiene una fotografía de su esposo? —le pedí.

—Sí, le he traído una…

La tomé. No me gustó el tipo. Tenía bastantes años más que ella y era delgado, de hombros caídos y cara chupada. Había una expresión aburrida en sus ojos. O tal vez fuera debido a la fotografía.

—Descríbamelo.

Lo hizo lo mejor que supo y yo fui tomando notas. Cuando terminó se puso en pie.

—¿No necesita ningún dato más? —preguntó entonces.

—Solamente el nombre de usted y su dirección. Eso es todo.

—Mi nombre es Doris Dalton. Mi esposo ya le he dicho que se llama Sinclair.

—Perfectamente. Ahora las señas…

Las anoté también. Ella alargó la mano y yo la estreché entre mis dedos. Su piel era como la seda y tenía una suavidad turbadora… A través de ella me llegó su calor y empecé a tener ideas raras.

Su turbadora sonrisa seguía aleteando en su boca cuando giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta. Sin volver la cabeza dijo:

—Esperaré sus informes con impaciencia, míster Blake.

—Hasta la vista.

Se cerró la puerta. Su perfume quedó flotando en el aire, recordándome su presencia.

Empujé el sillón hacia atrás, coloqué los pies sobre la mesa y saqué la botella. Un largo trago me reanimó y ayudó a pensar con claridad.

Encendí un cigarrillo y me entretuve en lanzar anillos de humo

hacia el techo. No podía quejarme. Quinientos machacantes. Me hubiese gustado saber cuántas copas de *ray* podían conseguirse con ellos.

Después empecé a darle vueltas a la visita de Doris Dalton.

Algunas cosas eran evidentes. Ella había venido expresamente a mí por una sola razón; conseguir pruebas para su separación sin importarle cómo las conseguía. Por eso había acudido al tribunal. Me pregunté cuántos días habría acudido a la sala esperando encontrar al hombre apropiado…

Sea como sea, lo había encontrado. Ningún otro investigador de la ciudad habría aceptado un trabajo semejante.

Pero eso no rezaba con Steve Blake.

Para celebrarlo le di otro tiento a la botella.

Al diablo con todo.

¿Qué me importaba a mí la basura que hubiera qué remover?

El dinero siempre es dinero. Sin él no hay manera de beber…

CAPÍTULO III

No había entrado en «La Pagoda» desde hacía un par de años, cuando todavía era un local de tantos y uno podía permitirse tomar allí algún *whisky* sin desnivelar el presupuesto. Pero a raíz de la reforma y del subsiguiente aumento de categoría no había vuelto. Estaba fuera de mi esfera.

La fachada apenas si había cambiado. Tal vez estaba más limpia, pero seguía siendo el remedo de una pagoda china montada sin mucha gracia, aunque sí con unas estudiadas luces indirectas que llamaban la atención.

El portero era un chino auténtico con cara de palo y larga coleta. A uno le entraban tentaciones de tirar de ella para ver si también era auténtica o solamente un añadido. Sus vestiduras orientales refulgían con bordados de oro y un gran dragón campeaba sobre su pecho. Se inclinó cuando pasé adentro. Se me antojó que el tipo se pitorreaba con todo aquello.

A pesar de estar en un tiempo en que nadie llevaba abrigo, la muchacha del guardarropa ocupaba su puesto con la obligatoria sonrisa. Había algunos sombreros en los estantes.

Pasé al salón y me detuve una vez atravesadas las pesadas cortinas. Aquélla tenía «algo». El decorador que había realizado el trabajo no era un cualquiera. Todo era exactamente lo que debía ser una lujosa pagoda china, pero estilizado para aliviarlo de la pesadez recargada de una decoración demasiado fiel al modelo. Las luces tamizadas no salían de ninguna parte, pero alumbraban lo suficiente para que uno no tropezara con sus propios pies.

Había unas cincuenta mesas esparcidas estratégicamente, y una espaciosa barra a la izquierda, separada del salón por unos biombos de bambú trabajado, muy bajos a fin de no interceptar la vista del espectáculo.

No había camareros, sino jóvenes chinas ataviadas con sus

llamativas vestiduras. Las largas faldas estaban abiertas desde el muslo y no cabía duda alguna respecto a que habían sido cuidadosamente seleccionadas. Todas lucían unas piernas dignas de un concurso.

Me encaramé a un taburete, junto al mostrador. Allí sí había mozos, lo cual incitaba a uno a largarse a una mesa.

Pedí un *whisky*, y con él en la mano di la vuelta en el taburete, apoyando la espalda en la barra y contemplando a la concurrencia. No era muy numerosa todavía debido a lo temprano de la hora, pero las mujeres no tenían desperdicio. El tal Sagar demostraba un excelente ojo para seleccionar sus animadoras.

En cuanto a los hombres, podía encontrarse allí algún representante de casi todas las clases sociales. De todas las que pueden permitirse el lujo de pagar los precios de un *cabaret* de lujo. Todos hacían esfuerzos para convencerse a sí mismos de que estaban divirtiéndose en grande.

Bebí el mejunje que me habían servido a pequeños sorbos. Tenía que durar lo suficiente para no arruinarme. En cuanto a su calidad, uno podía pensar que estábamos todavía en tiempos de la Ley Seca y que el *whisky* había sido destilado en una bañera.

Llamé al mozo con un ademán.

—¿Dónde puedo ver a míster Sagar? —le pregunté. Hizo una mueca de disgusto.

—No ha llegado todavía. Pero le diré a usted que no suele recibir visitantes aquí. No le gusta.

—Ya veo. No obstante he de verlo. ¿Podrá avisarlo cuando llegue?

—Lo intentaré.

—¿A qué hora suele venir?

—Nunca se sabe… A veces no aparece por aquí hasta la hora de cerrar y otras está aquí antes de abrir —se encogió de hombros y repitió, aburrido—: Nunca se sabe.

—Es todo un panorama…

Se alejó para atender a otro cliente. Paseé la mirada por el salón. Algunas de las muchachas que estaban solas daban la impresión de estar muy interesadas por mí, mejor dicho: por el contenido de mi billetera. Las pobres no podían saber cuán equivocadas iban en sus cálculos.

Me sorprendió darme cuenta que se había vaciado el vaso. Afortunadamente, era un *whisky* tan malo que no sentí la tentación de repetir la dosis, de manera que me conformé con encender un cigarrillo.

El dolor de cabeza había reanudado su sordo concierto y me encontraba de mal humor. Para colmo de males, la orquesta estaba destripando una pieza desenfrenada y cada nota repercutía en mi cráneo como un frenazo. Algunas parejas bailaban, esforzándose por conseguir ocupar el mínimo espacio posible sin hacer maldito caso del ritmo de la música.

Me aburría, lo que aumentaba el mal humor. Y cuanto más aumentaba éste más me aburría. Y cuanto más me aburría más deseos sentía de beber un *whisky* decente.

Afortunadamente, cesó el baile y dio comienzo el espectáculo.

Sentado allí, con el dolor de cabeza en aumento, vi desfilar una cantante cuya voz apenas se oía, pero que entusiasmó a la concurrencia por la intención de la letra y por la exhibición de caderas con que se acompañó. A una pareja de danzarines cómicos; a unos acróbatas. A otra cantante con más voz que la primera y que sabía cómo tenía que demostrarlo. A más danzarinas acompañadas de un coro de muchachas que para sí las hubiera querido un sultán.

Al llegar aquí me volví de espaldas a la pista, fastidiado, y acodándome en el mostrador pedí otra ración de explosivo líquido.

El mozo me dirigía frecuentes miradas. Estaba preguntándose qué encontraba de desagradable en el espectáculo.

Comencé a sentirme mal. Siempre sucedía eso cuando mi cerebro tomaba ciertos derroteros, cuando retrocedía algunos años; tres exactamente, y evocaba otras noches en los *cabarets* de Los Ángeles, con sus agradables cenas, su alegría y su entusiasmo…

Al cuerno.

Intenté apartar todo esto pero fracasé. Ya lo sabía de antemano que no lo conseguiría, pero seguí intentándolo a pesar de contar solamente con aquella mala imitación de *whisky*.

De pronto se hizo un silencio total en la sala. Creo que tardé unos segundos en advertirlo. Fue un silencio tan completo como si alguien hubiera producido el total vacío de la atmósfera.

Levanté la cabeza, sorprendido, y le pregunté al mozo:

—¿Qué diablos significa esto?

—Carola —pronunció reverentemente.

—¿Carola?

Descendió de sus ensueños y me miró.

—Naturalmente —afirmó—. Carola.

—Bueno, ¿quién es Carola?

—¡Diablo con lo que sabe! ¿De veras no sabe quién es Carola?

—No —confesé, fastidiado.

—Pues es… En fin; ya lo verá usted. No hay otra como ella.

Giré en el asiento para dominar la pista. Evidentemente, debía tratarse de algo muy serio a juzgar por la expectación, Todo el mundo se mantenía callado, con la vista clavada en el centro de la pista como si la tal Carola fuera a brotar de allí por arte de magia.

Los músicos iniciaron unos compases orientales. La escasa luz se amortiguó lentamente y de pronto, súbitamente, se apagó por completo. Fue un apagón que duró solamente un instante. Luego relampagueó un proyector y el cono de luz quedó fijo en el centro de la negra pista.

Y allí estaba la mujer.

Fue un efecto sorprendente. Era una dama alta, cubierta por una especie de túnica negra que la cubría de arriba abajo dejando desnudos los brazos y la cabeza, que mantenía inclinada mirando al suelo, mientras una espléndida cabellera rubia como el oro se desparramaba por encima de sus hombros como una catarata de chispas doradas.

Estalló una tempestad de aplausos. Entonces advertí que el salón se había llenado por completo.

La mujer se mantuvo quieta mientras duró el aplauso. Al mismo tiempo la música inició un ritmo más vivo, aunque con el mismo fondo oriental en la melodía, y el cuerpo de Carola comenzó a seguir el compás muy despacio, sin moverse de sitio.

Lentamente también levantó la cabeza, dejando que la luz del foco bañara su rostro. Entonces me quedé sin aliento. Era lo más hermoso que un sueño loco puede inspirar en un hombre.

Comenzó a bailar pero ya casi no la veía.

A medida que el ritmo aumentaba y sus giros se hacían más vivos, la túnica revoloteaba a su alrededor como unas alas al desplegarse.

Pero apenas podía verla.

Su cuerpo me pareció que estaba solo cubierto por la túnica.

Y ésta se abría de vez en cuando, fugazmente.

¡Y no la veía!

¡Había un velo húmedo delante de mis ojos!

¡Un velo que tomó el color rojo de la sangre!

Carola…

¡Por todos los infiernos, no se llamaba Carola!

Un millón de tambores retumbaron dentro de mi cráneo. Jamás había experimentado nada semejante. Era un continuo golpear, sordo y vibrante al mismo tiempo, creciendo y dominándolo todo, aplastándome, hundiéndome en, un mar de odio desenfrenado, tirando de mis nervios y empujando mis manos hacia adelante… mientras un potro salvaje descargaba coces en mi pecho, en el lugar que debería de haber ocupado el corazón.

Allí estaba.

¡Al fin había dado con ella!

Con la mujer a quien tenía que matar. A la que quería matar…

Había vivido aquellos tres años solamente para esto. Para encontrarla.

El estruendo seguía retumbando en mi mente. No podía ver.

Pensé que estaba volviéndome loco, que mi cerebro iba a estallar esparciéndose por todo el local. Era imposible resistir aquello…

Parpadeé furiosamente, restregándome los ojos. ¡Quería verla!

Verla después de aquellos años. Contemplar aquella espléndida belleza que yo tenía que destruir.

Al fin conseguí aclarar algo la visión. Sí, la túnica dejaba ver su cuerpo fugazmente, en décimas de segundo. Y era todavía más hermosa que tres años antes.

¿Cómo era posible que no me viera? ¿Cómo podía estar allí, ante mí, danzando sin advertir que era su último baile, que minutos después estaría muerta?

Todo me empujaba hacia ella. Sin embargo, una fuerza desconocida me mantenía sujeto a la barra, complaciéndose en destrozarme con el retumbante estruendo de mi cerebro y el salvaje golpear de mi sangre.

Ya no podía verla. Otra vez el velo rojo ante los ojos.

De pronto la música cesó de golpe. Las luces se apagaron y un

instante después volvieron a brillar y la mujer ya no estaba en la pista.

Los aplausos atronaban.

Los tambores de mi cráneo fueron apagándose también lentamente, el velo se deshizo y las aguas volvieron a su cauce dejando solo el poso de odio bullendo y removiéndose dentro de mí.

Cuando cesaron los aplausos el mozo se acercó, orgulloso del espectáculo como si fuera él la estrella.

—¿Qué le ha parecido? —quiso saber.

Me volví hacia él. Algo debió ver que le impresionó porque se echó hacia atrás y palideció.

—Oiga —balbuceó—. ¿Qué le pasa a usted, se encuentra mal?

—Trae un doble de ese mejunje.

Salió volando para servirlo. Durante todo el tiempo no apartó la mirada de mí. ¿Qué demonios era lo que estaba viendo?

Tragué aquel veneno sin respirar. No me hizo ningún efecto y la tempestad que rugía en mi alma bramó con más fuerza.

Toda mi voluntad se concentraba en calmarme. Deseaba calma, aunque sólo fuese por unos instantes. Necesitaba pensar con claridad. No se puede matar a una mujer sin emplear el cerebro, sobre todo cuando se han pasado tres años soñando en el momento de estrujar su cuello entre los dedos, imaginando cómo debería hacerlo, recreándome por anticipado con el sublime instante de la venganza.

No conseguí nada.

Sin embargo, unos minutos después del temporal pude mirar a mi alrededor con cierta claridad. Así vi que a la derecha del pequeño escenario donde actuaban los músicos se balanceaban suavemente unas cortinas. Era por dónde aparecían las artistas y supuse que por allí habría salido Carola.

Muy bien.

Dejé unos billetes sobre el mostrador y me alejé. Afortunadamente, el *barman tenía bastante trabajo en aquellos momentos y no se dio cuenta del lugar a donde me dirigía.*

Atravesé las cortinas sin que nadie me pidiera explicaciones. Me encontré en una estrecha leonera con cajas apiladas junto a las paredes. Al frente se abría la entrada de un pasillo mal alumbrado y allí entré. Descubrí varias puertas a ambos lados, y al fondo, bajo

una solitaria bombilla, una de ellas ostentaba una brillante estrella pintada con purpurina.

También descubrí al gorila que estaba sentado sobre una desvencijada silla. El tipo se levantó al verme.

Era gigantesco. Todo su aspecto era de un eunuco e incluso parecía tan grasiento como ellos.

—Se ha equivocado, compañero —gruñó—. Los servicios están en otra parte.

—No busco los servicios.

Avancé resueltamente, pero él puso su manaza sobre mi hombro y me detuvo.

—Lárguese —ladró entre dientes—. No me gustaría tener que hacerle daño.

—Quita tu pezuña de aquí.

La quitó. Sonrió, totalmente seguro de aplastarme si me ponía tonto. ¿Por qué los que tienen un exceso de músculos no tienen cerebro?

—Quiero ver a Carola —le anuncié, en un último intento de evitar escándalo antes de tiempo.

—Son muchos los que lo desean —dijo—, pero ninguno lo consigue. Lárguese de aquí, niño.

—Muy bien,

King-Kong.

Si lo quieres así…

Le disparé el puño izquierdo a la quijada sólo para obligarle a moverse. Encajó el puñetazo como si se tratara de una caricia y empezó a reír.

—Bueno, bueno… un gallito, ¿eh?

Su puño, como un jamón, voló en busca de mis narices. Hice un rápido giro, le agarré por la muñeca y toda aquella mole de carne salió volando, yendo a estrellarse contra la pared con tal impacto que estuvo en un tris de derribarla.

Cayó al suelo y quedó sentado, aturdido, sacudiéndose con temblores espasmódicos. Al fin consiguió verme.

—No repitas la broma —le advertí—. Eso ha sido una ligera caricia.

Se levantó pesadamente. El fulano tenía la resistencia de un toro. Y como esa clase de animales, embistió con la cabeza baja

dispuesto a triturarme. Me limité a dejarle pasar y a descargarle un mazazo con el canto de la mano en plena nuca.

Sil nariz se incrustó en el suelo y el hombre dejó de interesarse por mis andanzas. Su respiración era una especie de balido lastimero.

En dos saltos estuve ante la puerta de Carola, la que lucía la estrella. Cuando llegaba a ella estaban apareciendo algunas muchachas muy ligeras de ropa.

Abrí la puerta y entré, cerrando a mis espaldas.

La estrella estaba delante del tocador, frente al espejo alumbrado con un tubo fluorescente. Aunque ella levantó la cabeza y me miró a través del espejo no me reconoció en el primer instante. Tuve que hablar para darme a conocer.

—Cuánto tiempo sin verte… «Carola»…

Mi respiración semejaba un fuelle. Ella se volvió en redondo y sus ojos se desorbitaron.

—¡Steve…! —balbuceó.

—Por lo menos te acuerdas de mí.

Avancé despacio, recreándome al contemplarla. ¡Qué hermosa estaba! Era igual que en su rostro se reflejara el miedo, el estupor y todo cuanto se agitaba en su corazón. Seguía siendo la mujer más hermosa que yo había contemplado jamás.

—Steve —repitió.

—Puedes saborear mi nombre, maldita zorra. Es lo último que podrás hacer.

—Steve… ¿Qué piensas hacer?

—Ésa es una pregunta estúpida.

Un extraño cosquilleo hacía temblar mis manos, Había vivido aquel instante millares de veces en mis sueños. Y esos sueños iban a ser realidad de una vez por todas.

—Comprendo —murmuró—. Quieres acabar conmigo.

Me sorprendió la calma de su voz.

—Aciertas —dije.

—¿Por qué no me escuchas primero, Steve? —pidió—. No me importa lo que hagas después conmigo… ¡Te juro que no me importa nada! Pero quiero hablarte… deseo que sepas cuánto te he querido.

—Estoy seguro de esto. Por eso me abandonaste…

Mis manos se tendían ya hacia su cuello. Por primera vez hubo un chispazo de terror en su mirada y trató de retroceder, pero tropezó con el borde del tocador y quedó inmóvil.

Llevaba todavía la negra túnica de su actuación. Debajo de ella debía estar desnuda… Yo podía apostar a que sería el cadáver más hermoso con que habrían tropezado jamás los polizontes.

Al fin rocé su piel. Su garganta palpitaba aceleradamente.

—¡No, Steve!… ¡Escúchame primero…!

Era una súplica desesperada, pero yo había vivido tres años mucho más desesperado que ella. Tres años de infierno viviendo solamente para mi venganza…

Cerré los dedos. ¡Al fin!

Comencé a apretar sin prisas, con mis ojos hundidos en los suyos, viéndolos desorbitarse, implorantes. Todavía susurró:

—¡Por favor… escúchame…!

El millón de tambores volvieron a retumbar dentro de mi cráneo. Pero esta vez era un estruendo triunfal que no me aplastaba sino que me empujaba adelante, a terminar lo que había empezado. Ya nada podía detenerme. Nada podía salvarla…

Entonces se abrió la puerta con estrépito. No hice caso. Seguí con mis dedos engaritados en aquella garganta sin prisa alguna por terminar… Si había esperado tres años podía esperar unos segundos más.

Ya no veía su rostro porqué un velo rojo se interponía entre ella y yo…

Y en aquel instante unas manos enormes me sujetaron, tirando de mí. Algo me golpeó con fuerza sobrehumana y todo empezó a girar…

Cuando abrí los ojos me encontré en el suelo, revolcándome y gimiendo en un vano intento de levantarme.

¿Qué había ocurrido?

Conseguí ponerme de rodillas, apoyado en las manos como un animal de cuatro patas. Entonces vi al eunuco venir hacia mí con todas las furias del infierno reflejadas en su cara de bestia.

Me levantó. Aturdido, no atiné a reaccionar a tiempo y su puño golpeó en mi barbilla elevándome del suelo. Reboté contra la pared, y todo se hizo oscuro…

Me habían vencido. Vencido en el momento culminante de mi

vida. En el instante de mi venganza.

Ciego, con dolores de agonía, rechinando los dientes, escuché la voz de «ella» como si viniera de muy lejos:

—¡Basta, Burton!

¿A quién se dirigía? No había terminado con ella… Había fracasado…

Cuando empezó a aclararse mi visión todo parecía estar envuelto en niebla. Delante de mí, un poco inclinado, el gorila esperaba con los brazos separados del cuerpo y las manos prestas al ataque. A su lado, apoyándose en el biombo, «Carola» me miraba con ojos brillantes mientras se acariciaba el cuello con una mano. Estaba muy pálida y apenas podía sostenerse en pie, pero sus ojos poseían toda la vida que yo no había sabido quitarle.

—Déjanos solos, Burton —ordenó ella.

—¿Dejarte con ese tipo? —Gruñó el gigante—. ¿Olvidas que ha estado a punto de matarte?

—No sucederá nada… Sal fuera y espera, Burton.

Aquello no podía ser cierto. No podía creerlo. ¿Cómo era posible que ella quisiera quedarse a solas conmigo, después de lo sucedido?

Tampoco el gorila parecía muy convencido.

—Ni lo sueñes —decidió—. Voy a terminar lo que he empezado con ese valiente…

—¡Burton!

Había tal imperio en aquella voz que él giró por completo, para enfrentarse con ella. Y la orden sonó, tajante:

—¡Espera fuera te digo!

Tras una vacilación, el eunuco echó a andar y abandonó el camerino. Ella se acercó a la puerta y la cerró con llave. Después vino y se quedó allí, erguida, maravillosa.

Comencé a levantarme sintiendo que todo daba vueltas a mi alrededor. Me sentí viejo de mil años.

Ella murmuró:

—Puedes acabar lo que has empezado, Steve…

Nos miramos largamente. Todo había cambiado y era yo nuevamente quién había salido perdiendo.

Busqué el apoyo de la pared. En mi boca sentía el sabor de sangre. Tenía algún diente flojo.

—¿Has perdido el valor? —Siguió.

—Maldita seas —refunfuñé—. Me has vencido otra vez…

—Steve…

—Ríete, anda, ríete… Carola.

Siéntate, Steve. Deseo tanto hablar contigo…

Busqué el pañuelo y restañé el hilillo de sangre que se deslizaba de la comisura de los labios. Iba recuperando las fuerzas por momentos, pero lo que ya no volvería a tener jamás sería el valor suficiente para terminar con ella. Eso lo sabía de antemano.

Vencido. Eso es. Me había vencido sin luchar.

—He esperado este momento durante tres condenados años —dije con voz que apenas se oyó—. Miles de veces he visto en sueños cómo se extinguía tu vida entre mis dedos… y he gozado por anticipado con esos instantes. Y cuando tengo la ocasión de realizar lo que tanto he anhelado no consigo otra cosa que un nuevo fracaso. Los hombres somos así de estúpidos. Coleccionamos fracasos con la misma afición que vosotras amantes…

—¡Steve!

—¡Basta de eso!

Me aparté de la pared con pasos vacilantes. La puerta parecía estar a una milla de distancia, pero emprendí el camino hacia ella mientras mis piernas temblaban.

Pero no habíamos terminado todavía. Ella tuvo que interponerse entre la salida y yo.

—¡Espera, Steve! Debes dejarme que me explique… No te dejaré marchar así…

—Vete al infierno.

—Yo también he soñado miles de veces en encontrarte otra vez.

—¡No me digas!

Intenté pasar por su lado, pero ella lo impidió.

—¡No es posible que me odies de esta manera!

—Te sorprendería saber cuánto te odio —afirmé—. No obstante, puedes dar gracias al cielo de seguir viva. Apártate de aquí.

Su mano cayó sobre mi brazo en un intento de retenerme. Sentí una sacudida como si me hubieran aplicado un hierro al rojo y la sacudí, apartándola de mí. Pero eso me decidió a enfrentarla.

—No me tientes otra vez —le advertí—. La suerte puede abandonarte… Pero después de verte creo que mi venganza se cumplirá con el tiempo. Poco a poco, monada, irás descendiendo los

inevitables escalones… tu cuerpo se marchitará y nadie pagará para verlo ni de lejos… y acabarás revolcándote en el mismo barro en que lo hago yo. Buscarás el olvido en el alcohol… y allí estaré yo para reírme a mandíbula batiente. Ése será mi triunfo… «Carola» —terminé con sarcasmo.

La aparté bruscamente y le di vuelta a la llave. Ella se adelantó rápidamente en un último intento de detenerme.

—¡Por favor, Steve, por favor, escúchame! No soy lo que tú supones…

Abrí la puerta de un tirón y ella salió disparada hasta dar contra la pared. Pero me detuve en el umbral, mirando fijamente el negro ojo de una pistola automática.

Burton estaba allí, con una «45» en la mano, dispuesto a rematar lo que no había podido terminar antes.

—Ahora ajustaremos cuentas —dijo con una sonrisa de lobo.

De nuevo fue ella quien se interpuso.

—Guarda esa pistola, Burton —ordenó—. Déjale que se marche y tú entra en el camerino… tengo algo para ti.

Los ojillos de cerdo del individuo chispearon de codicia.

—¿Cuánto, Carola?

—Entra… y no cuentes a nadie lo sucedido.

Otra vez me había salvado. Aquello era una locura, algo que no tenía sentido. Incluso se proponía pagarle al tipo para que mantuviera la boca cerrada…

El gorila pasó por mi lado. Di un último vistazo a la mujer que había sido mi ruina y después me alejé por el pasillo sintiendo en mi nuca los ardientes ojos de «Carola».

Me detuve junto a las cortinas para recomponer un poco mi aspecto. Después miré por encima de mi hombro y la vi allí todavía, mirándome por entre el velo de sus lágrimas. ¡Estaba llorando!

Al diablo.

Aparté las cortinas y me encontré en el salón, envuelto por la música y la falsa alegría de los que pretendían divertirse.

Mi primera visita fue para el mostrador. Pedí un doble y el mozo se apresuró a traerlo sin dejar de mirarme con curiosidad. Cuando lo hubo servido me anunció:

—Míster Sagar está aquí, señor. Le he dicho que usted deseaba verlo… Ha accedido a recibirle.

—Muy generoso por su parte. ¿Dónde está?

Señaló una pequeña puerta que había al final del mostrador.

—Por allí. Verá usted una escalera. Súbala y al final verá una única puerta. Es la oficina.

Tragué el veneno rápidamente y emprendí el camino del despacho. Veríamos cómo terminaba esta entrevista.

Aquélla no era precisamente mi noche.

CAPÍTULO IV

Robert Sagar estaba sentado detrás de una lujosa, mesa de despacho, sosteniendo, un cigarro puro entre los dientes y pregonando sin palabras la prosperidad de sus negocios. Vestía impecablemente, con ropas muy costosas. Iba perfectamente rasurado y sus uñas relucían de la reciente manicura. Era un tipo por el cual las mujeres debían perder la cabeza. A lo más acertado que uno podía compararlo era a un galán cinematográfico. Lo único desagradable en él eran sus ojos, fríos y al parecer velados como los de un pescado.

—Siéntese —dijo con su bien timbrada voz—. Me ha dicho el mozo que deseaba usted hablar conmigo…

—Así es.

—Bien, ¿quién es usted? Creo que para empezar es lo indispensable; conocer a mis visitantes.

—Mi nombre es Steve Blake.

—No me dice nada con eso.

—Soy investigador privado.

—Eso ya me interesa un poco más. Siga adelante.

Era un fulano que se las sabía todas. Con él había que andar con pies de plomo si uno no quería despertar en una cuneta con un relleno de plomo.

—Ando buscando a su socio, Sagar —anuncié sin rodeos.

—¿A mi socio?

—A Sinclair Dalton.

—Vaya, vaya… ¿Quién le ha informado de que Dalton es mi socio?

—No pretenderá que le dé informes yo a usted —repliqué secamente—. Cobro dinero para darlos, ¿comprende? Ése es mi trabajo.

—Sí, naturalmente. Pero me ha sorprendido usted, Blake.

Nuestra asociación no se hizo pública. Fue más bien un convenio privado…

—Eso no me interesa. El caso es que Dalton ha desaparecido desde hace un par de días. Su esposa está inquieta por él y quiere que yo lo encuentre.

—¿Qué *mistress* Dalton está inquieta por ese judío? —Se echó a reír socarronamente y añadió—: No puedo creerlo.

—¿Por qué?

—Porque tengo la idea de que ella estaría encantada con perderlo de vista.

—Tal vez sí, pero de momento quiere dar con él.

—¿Y para eso ha venido usted a mí?

—Para eso exactamente.

—¿Ha sido *mistress* Dalton la que le ha indicado que viniera?

—No.

—Pero supongo que ha sido ella quien le ha hablado de nuestra sociedad…

—Cuando se canse usted de hacer preguntas inútiles tal vez quiera hablar un poco del asunto que me ha traído aquí.

—No creo que tenga nada qué decirle, pesquisa. ¿Por, qué tendría que hacerlo?

Le miré recto a sus inquietantes ojos azules antes de soltarle con fingida tranquilidad:

—Porque si se niega a ayudarme yo podría empezar a tener ideas propias sobre su actitud.

—¿Sí? Eso me interesa. Hábleme de sus ideas.

—¿Por qué no me invita a un trago, Sagar? Estoy seco, y el mejunje que sirven en el bar me ha revuelto las tripas.

Sonrió burlón, pero se levantó y acercándose a una estantería abrió un compartimiento y regresó a la mesa con una botella de *whisky* y dos vasos. Sirvió él mismo el licor y puedo afirmar qué no fue tacaño en la medida.

—Eso le quitará el mal sabor —dijo.

Me lo quitó sin duda.

Después de los primeros tragos insistió:

—Veamos esas ideas.

—Es algo que cae por su propio peso, Sagar. Si usted no muestra ningún interés en hallar al desaparecido, alguien podría pensar que

está usted ansioso por quedarse con la totalidad del negocio. No es más que una idea, ¿comprende? Pero que puede hacerle mucho daño según a quién se le ocurra.

—Ya veo.

—Estoy seguro que lo ve.

Seguí saboreando aquel excelente *whisky* hasta terminarlo. Él dio un par de sorbos y abandonó el vaso sobre la mesa. Me pareció que estaba divirtiéndose.

—Escuche, pesquisa —dijo—; usted está trabajando para ganarse unos dólares. *Okey*. Necesita que alguien le facilite su labor y eso también me parece bien. Pero no trate de tener ideas geniales como la que ha expuesto si aprecia en algo su integridad. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Bien, me gusta que no haya ningún malentendido entre usted y yo. Así que la dama está inquieta por su maridito…

Había tal sarcasmo en su voz que me puse alerta.

—Parece que esa idea le divierte, Sagar.

—Acierta usted. No puedo comprenderlo. Dalton es un bastardo tan tacaño que es incapaz de dar ni la hora si no le pagan por ello. Creo que con su mujer extrema esa «cualidad». Además, es un carácter endiablado… No, no creo que a ella le seduzca su compañía. ¿Sabe usted que *mistress* Dalton no sabe siquiera qué negocios tiene él ni qué beneficios obtiene, ni el dinero que gana…? No sabe nada de nada.

—En cambio, usted parece saber mucho sobre esto.

—Lo sé. Y le diré cómo me enteré.

Se echó hacia atrás en el sillón, satisfecho de la vida. Aspiró el humo de su cigarro y tras un instante de silencio prosiguió:

—No hace mucho tiempo… Un mes, poco más o menos, *mistress* Dalton vino aquí a una hora en que sabía que su esposo no solía aparecer. Me pidió por favor que la informara de la marcha del negocio. Quería saber cuánto dinero ganaba su marido con «La Pagoda» y qué capital tenía invertido… Bien, no vi inconveniente en decírselo. Me pareció toda una dama, ¿comprende?

—Adelante, Sagar.

—Sí… Bueno, el caso es que a Dalton se le ocurrió aquel día venir a pasar cuentas y la sorprendió a ella cuando ya se iba. Armó

una escena terrible. ¿Se da usted cuenta? Se enfureció como un loco por el simple hecho de que ella hubiera metido las narices en sus negocios. Tuve que ponerme un poco bruto para evitar que la golpeara. Eso le dará una idea de la clase de individuo que es el amigo Dalton.

—Usted no parece apreciarlo mucho, Sagar.

—En absoluto. Lo aguanto solamente. El negocio es excelente y hay dinero suficiente para los dos, pero eso es todo. Fuera de aquí no quiero saber nada de él.

—Muy bien, ha sido usted muy amable al contarme todo esto. Ahora tengo una clara idea de míster Dalton. Pero, dígame… ¿Qué cree usted que puede haber hecho? ¿Es él aficionado a las mujeres? Abajo tiene muchas oportunidades de encontrar aventuras amorosas.

—Y un cuerno. Es incapaz de liarse con una muchacha porque ve en ellas un gasto. Jamás daría un dólar a ganar a cualquier chica de las que tenemos aquí.

—Ya veo… ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace cuatro o cinco días, no lo recuerdo con exactitud. Vino aquí, dimos un vistazo a los libros y se fue. No pasa mucho tiempo en el *cabaret*, excepto cuando toma un par de copas en la barra para contemplar el espectáculo, y aun eso lo hace porque no le cuesta un centavo.

—Comprendo. ¿Qué otros negocios tiene en la ciudad?

—¿Cómo voy a saberlo? Si no le habla de ellos a su propia esposa, ¿cómo quiere que me hable a mí?

—Pues es todo un tipo ese Dalton… Sin embargo, y por regla general, los hombres tan tacaños llega un instante en que, si tropiezan con una mujer que sabe cómo engatusarlos, muerden el anzuelo y se tragan hasta el flotador. ¿No puede haber sucedido algo así en este caso?

Se encogió de hombros.

—Lo dudo —gruñó—. Aunque nunca es posible afirmar nada al respecto…

Al parecer ya había soltado todo cuanto pensaba decirme. Sin embargo, había algo más que yo quería saber y ahí es donde podía tropezar con algo duro.

No obstante dije:

—Dígame, Sagar. Supongamos que a míster Dalton le ha sucedido una desgracia… un accidente… Ya sabe cómo ocurren estas cosas. Si él muere, ¿qué pasa con su parte de «La Pagoda»?

—Automáticamente queda para su esposa. A menos, naturalmente, que él tenga establecida otra cosa en su testamento.

—Ya veo… O sea; que aunque él muera usted queda exactamente igual que ahora.

—Naturalmente. Oiga, pesquisa; ¿qué demonios quiere insinuar con esto?

—Nada. Solamente quería aclarar este punto.

—Pues ya está suficientemente claro. ¿Tiene algo más que decirme?

—Creo que no…

Encendí un cigarrillo. Como al desgaire comenté:

—He estado viendo el espectáculo. Sagar… Ésa… Carola es sensacional, ¿eh?

—Sí, entusiasma a la gente.

—Y a usted, ¿no?

—Para mí es una atracción más. De categoría distinta, claro, pero una artista que tengo en nómina.

—Consérvela en ella —dije haciendo esfuerzos para hablar normalmente—. Creo que a mí también me gustaría apuntarla en la mía.

Sonrió sin pizca de humor.

—A usted y a muchos —comentó—. Sin embargo no hay manera… Nunca ha querido alternar.

Le miré, intrigado. Seguía sonriendo con la misma seguridad que al principio.

—Me parece que no me queda más que preguntar, Sagar. Ya nos veremos.

—De acuerdo. Y olvide esas ideas geniales.

—Gracias por el *whisky*.

Salí y cerré la puerta a mis espaldas. Bajé las escaleras despacio, pensando en la entrevista. No podía decir que hubiera sacado mucho de ella, pero menos era nada.

Esta vez salí a la calle sin pasar por el bar. No quería estropear el gusto del licor que conservaba en el paladar.

Anduve hasta donde había dejado el viejo cacharro que llevaba

años envejeciendo a mi lado. Sentado ante el volante encendí un cigarrillo y traté de pensar en el trabajo. Inútil. Una y otra vez mi mente se revolcaba en mi fracaso. Una vez más, ella me había convertido en un pelele, Me dije que el teniente Carrigan tendría nuevos motivos de estudio.

Veía la imagen que yo había adorado en otro tiempo. Y llenaba por completo mi mente… no podía apartarla de mí.

Recostándome en el respaldo, dejé de luchar con todo esto y permití que me vencieran los recuerdos y la frustración de lo que había sido mi vida.

Diez minutos después sentí la garganta seca y unas ansias enormes de beber. Saqué el coche del estacionamiento y me alejé. Al diablo el trabajo. Nada tenía importancia ya, sólo beber. Lo había estado haciendo durante tres malditos años. Podía continuar igual el resto de mi vida, suponiendo que fuera muy larga, cosa que dudaba.

El bar de Shorthy estaba muy concurrido. Eh irlandés me señaló un extremo del mostrador y cuando llegué allí ya tenía la botella de *ray* y un vaso esperándome.

—¿Cómo te va, Steve? —preguntó el pelirrojo.

—Podría ir peor.

—No pareces muy feliz, ¿eh? Y alguien te ha sacudido… tienes la señal de una caricia en la cara.

—He tropezado con un eunuco —dije al tiempo que engullía, el primer vaso.

—¿Con un qué?

—Un eunuco.

Me miró, estupefacto.

—No parece que estés tan borracho, Steve…

—Espera y verás.

Se alejó para atender a los demás clientes. Por la televisión transmitían un combate de boxeo y la gente estaba pendiente de la pantalla. La voz del locutor aullaba con entusiasmo. Mi cabeza ardía. Me encontraba peor que nunca.

Afortunadamente, tenía la botella al alcance de la mano y yo sabía que con ella a mi lado los recuerdos huirían de mi tarde o temprano.

La noche avanzó. El combate de boxeo terminó también y

Shorthy apagó el aparato. La botella estaba vacía.

Lo llamé, señalándosela. Él sacudió la cabeza, pero vino con otra en la mano, ésta sin empezar.

—¿No crees que ya tienes bastante? —Gruñó.

—¿Te debo algo, Shorthy?

Se encogió de hombros.

—Como quieras —farfulló entre dientes.

Dejé pasar el tiempo hasta que apenas quedó un cliente en el local. Shorthy comenzó a subir las sillas encima de las mesas. No se necesitaba ser un lince para saber lo que aquello significaba.

Tomé el último trago, saqué algunos billetes y los dejé sobre el mostrador.

Lo malo fue al saltar del taburete. Todo empezó a dar vueltas. Me sentía infernalmente mal.

—No irás a conducir el coche, ¿eh, Steve? —Gruñó el pelirrojo.

—¿Por qué no? ¿Crees que estoy borracho?

—Mírate a un espejo y verás.

—Vete al infierno.

Eché a andar hacia la salida. La cosa no resultaba nada fácil, pero con el apoyo del mostrador logré enderezar el rumbo y llegar a la puerta. Todo se tambaleaba; las paredes, las luces de la calle… Las fachadas de los edificios culebreaban como si fueran de gelatina. Resultaba divertido aquello.

Anduve por la acera. Apenas recordaba dónde había dejado el cacharro, pero tras no pocos tropiezos llegué junto a él. Tuve que examinarlo dos veces para asegurarme de que era el mío, ya que algún maldito crío había rolo la luz del farol más cercano y todo estaba muy oscuro.

Apoyado en la carrocería, busqué un cigarrillo y cuando lo encontré tuve que enderezarlo. Estaba hecho un acordeón. Satisfecho, conseguí llevármelo a los labios…

Y aquello desencadenó el fin del mundo.

Algo explotó en mi cráneo. Pensé que era el alcohol que llevaba dentro que había estallado. Sentí tal latigazo que caí de rodillas luchando para conservar la noción de las cosas… Y el dolor de la cabeza era espantoso…

Entonces, y mientras me sorprendía de escuchar mis propios gemidos, un nuevo golpe me abatió contra el húmedo suelo. El

dolor creció hasta el infinito y luego cesó de golpe. Me apagué como una vela.

CAPÍTULO V

Si no hubiese sido por el dolor, todo habría ido bien. Me encontraba apoyado en alguna parte, con la cabeza reclinada sobre los brazos. Eso lo comprendí en cuanto comencé a revivir. Pero el dolor era espantoso. No podía coordinar mis pensamientos. Había sido una noche infernal.

Permanecí con los ojos cerrados, tratando de recordar qué demonios había sucedido. Poco a poco lo conseguí, pero entonces me asaltaron unas violentas náuseas debidas al dolor y al alcohol ingerido. Hice titánicos esfuerzos para contenerlas. Tenía que pensar…

Pero cuanto más pensaba, más se agigantaban los recuerdos de mi fracaso en el *cabaret*. No había podido matarla. Era un cobarde… un fracasado…

Pero ¿dónde me encontraba?

Levanté un poco la cabeza y parpadeé: Cuando lo que tenía delante dejó de dar vueltas me encontré mirando dos relojes. Pero lo sorprendente era que cada uno marcaba una hora distinta.

Me dije que estaba volviéndome loco. No había duda de eso.

Volví a esconder la cabeza como un avestruz y me compadecí de mí mismo. A eso había llegado.

Si pudiera dominar el dolor…

Nuevamente, hice esfuerzos para despejarme y levantar la mirada hacia aquellos extraños relojes… y me tranquilicé. Nada de relojes. Eran los indicadores de mi propio coche, y yo estaba sentado en él con los brazos cruzados sobre el volante y la cabeza apoyada en ellos.

Estuve varios minutos soltando una catarata de maldiciones en voz baja, con método, empleando incluso otros idiomas aparte del inglés.

Después no me sentí mejor, pero sí encontré ánimos suficientes

para incorporarme un poco y mirar a mi alrededor. No reconocí el lugar. El coche quedaba aparcado en una calle muy distinta de aquélla donde había estado. ¿Qué diablos significaba esto?

No sé los minutos que necesité para recobrarme lo suficiente. Pero al fin apreté el arranque y saqué el coche del aparcamiento y conduje despacio, tratando de orientarme. Quedé muy sorprendido al darme cuenta que estaba en los aledaños de Unión Square, a millas de distancia de «La Pagoda». ¿Cómo había podido llegar hasta allí?

Seguí pilotando el coche hasta el garaje donde solía guardarlo. Bajé la rampa con sumo cuidado, porque cada vez me encontraba peor, y no me molesté en llevarlo hasta el fondo. Lo detuve en medio de la inmensa nave.

El encargado de noche se acercó.

—¿No se encuentra usted bien, míster Blake? —se interesó amablemente.

—No mucho, Jack… lleva el cacharro a su sitio, ¿quieres?

—Sí, claro… Oiga, se lo limpiaré un poco. Está muy sucio… Incluso tiene grasa en la pintura. ¿Qué diablos le ha hecho usted?

Efectivamente. Había evidentes manchas de grasa en la carrocería.

—Lávelo —dije—. No tengo idea de cómo se ha hecho esto.

Salí de allí más que perplejo, pero pronto alejé esos pensamientos ante la idea de la cama.

Pensé que me daría una ducha, pero estaba demasiado agotado e inseguro sobre mis piernas. Tuve el tiempo justo de quitarme la chaqueta y los zapatos y caí redondo sobre el lecho. El sueño me venció instantáneamente y se llevó los dolores y los recuerdos.

Sin embargo, la felicidad nunca es completa.

Llevaba durmiendo lo que me parecieron unos minutos cuando unos golpes persistentes atronaron el cuarto. De momento di la vuelta y traté de seguir durmiendo, pero los golpes persistieron y no tuve más remedio que abrir los ojos. Todavía era de noche. Alguien aporreaba la puerta.

Sin moverme de la cama grité con voz ronca y vacilante:

—¡Al diablo! ¿No saben la hora que es? Lárguense…

—¡Abra la puerta, Blake!

Aquella voz…

Hice esfuerzos sobrehumanos para despejarme. La voz insistió:

—¡O abre la puerta o la echo abajo!

—Usted tenía que ser…

Puse los pies en el suelo y fui a abrir. El teniente Carrigan atravesó el umbral y cerró la puerta de un puntapié.

—¿Es que nunca abandona la borrachera, Blake? —Gruñó.

—Sólo lo hago los días festivos… ¿Qué idea se le ha ocurrido, teniente? ¿Qué hora es?

—Las cinco y media de la madrugada.

—¡Oh, no!

Me dejé caer sentado en el borde de la cama y oculté la cara entre las manos. Todo comenzaba a dar vueltas a mi alrededor, incluso el policía.

—¿No puede encender una luz decente, Blake?

—Hágalo usted… la llave está al lado de la puerta.

Lo hizo y la luz hirió mis pupilas obligándome a cerrar los ojos.

—Bueno, ¿por qué no hace algo para despejarse? —refunfuñó de mal talante—. Métase bajo la ducha… o tírese por la ventana, pero trate de recobrar el juicio. Quiero hablar con usted.

—¿A las cinco y media de la mañana? —protesté—. ¿Es un nuevo experimento para cimentar sus estudios sobre la naturaleza humana?

—Algo semejante… Vamos, maldito sea; haga algo.

Me desvestí como pude y unos momentos después estaba lanzando maldiciones bajo la ducha fría. El agua me despejó, pero reanimó el dolor y el dolor trajo recuerdos y deseé ver al teniente Carrigan bajo las ruedas de un tren.

Mientras me frotaba con la toalla, Carrigan gruñó:

—Vístase, maldito borracho. Tendrá que salir a la calle.

—¿Sí? ¿Qué diablo es esto, polizonte? Sacarme de casa a estas horas…

—Vamos, dese prisa.

—Hemos vuelto a los tiempos de la inquisición, no hay duda…

Pero me vestí lo mejor que puede. Después de abrocharme la camisa tomé la funda axilar con el revólver y me lo puse. El teniente dijo:

—Deje esto en casa. No va a necesitarlo.

—Uno nunca sabe tratándose de los polis…

—Condenado borracho —rezongó por lo bajo. Terminé de vestirme. Entonces me soltó:

—¿Dónde ha estado esta noche, Blake?

—Por ahí… ¿Qué pasa, hay alguna denuncia contra mí por embriaguez y escándalo público?

—Algo así… Dígame, ¿dónde ha pasado la noche?

—Viendo un espectáculo magnífico, Carrigan. Algo que he estado tres años esperando ver de nuevo…

—No me salga con adivinanzas. ¿Qué espectáculo es ése?

—El de «La Pagoda».

—Ya veo. Alguien debe haberle dado un montón de dinero para que usted se haya decidido a ir a un lugar como ése. Pero, al salir de «La Pagoda», ¿qué ha hecho?

Algo no iba bien. Carrigan no estaba haciéndome todas aquellas preguntas por el simple hecho de fastidiarme, y menos a semejantes horas de la madrugada. Una vaga inquietud comenzó a invadirme.

—Dígame primero a qué viene todo esto —pedí—. No comprendo nada.

—Ni falta que le hace, de momento. Siga contándome sus pasos.

—Bueno… creo que al salir de allí he ido en busca de Shorthy…

—¿De quién?

—Shorthy. Un irlandés pelirrojo que tiene un bar en la calle Chrystie.

—¿A qué hora ha llegado al bar? Y no olvide que lo comprobaré.

—¡Maldito sea! ¿Qué es eso, teniente? Cualquiera diría que quiere comprobar mi coartada para algo.

—Usted lo ha dicho. Vamos, dígame la hora que era cuando ha llegado a ese bar.

—No lo sé, pero estaban retransmitiendo un combate de boxeo por la televisión…

—Será fácil de comprobar. Como también lo será comprobar la hora en que ha abandonado el *cabaret*…

Descolgó el teléfono, y cuando le contestaron comenzó a repartir una serie de órdenes con voz seca, todas ellas encaminadas a comprobar esas horas. Mi inquietud iba en aumento, lo mismo que mi dolor de cabeza.

Antes de colgar gritó a través del auricular:

—¡Y quiero que se haga esto en menos de una hora! Después se

volvió hacia mí.

—¿No ha estado en ninguna otra parte entre «La Pagoda» y ese bar del irlandés?

Eso me dio mucho que pensar.

—No —afirmé.

—¿Y al abandonar el bar?

Aquí es donde iba a tropezar.

—Me ha sucedido algo extraño —confesé.

—¿Sí? Cuénteme.

Lo hice. Le conté cómo alguien me había derribado y cómo me había despertado muy lejos del lugar de la agresión, con violentos dolores y completamente aturdido.

Él me escuchó atentamente. Después gruñó:

—Hay que ver la de cosas raras que les suceden a los borrachos.

—¿Es que no me cree?

—No.

—Bueno, usted puede pensar lo que quiera. Le he dicho la verdad, de manera que la toma o la deja, pero por lo menos cállese durante un rato. Siento que me va a estallar la cabeza.

—Es una pena. Bueno, vámonos.

—¿A dónde?

—Ya lo verá.

Me llevó consigo. Delante de la puerta estaba esperando su coche oficial con un agente sentado al volante. Carrigan le ordenó:

—Volvemos al garaje. Y no emplees la sirena.

Al garaje. No comprendí nada, de manera que me eché hacia atrás y cerré los ojos. Él no despegó los labios durante el trayecto.

Cuando el coche se detuvo abrí los ojos. Pegué un salto al ver que aquél era él garaje donde guardaba mi propio coche. Estábamos en el centro de la nave y ya había allí un coche patrullero y otro auto como el del teniente. Si antes había sentido inquietud, entonces ésta aumentó hasta convertirse en algo más serio.

—Vamos, abajo, Blake.

Casi me empujó fuera del coche. Observé a los hombres que esperaban y que parecían llevar impresa la etiqueta de «policía» en el rostro sin expresión. Excepto uno. Esté era joven, vestía con gusto y tenía cara de sueño. Se mantenía un poco apartado de los otros.

—¿Puede decirme de una maldita vez qué significa esto,

Carrigan?

Me miró. Había algo en sus ojos que me produjo escalofríos.

—Al final ha tenido que hacerlo usted —refunfuñó.

—¿Hacer qué?

—¿Necesita que se lo cuente?

Me encogí de hombros. Mi cabeza parecía a punto de estallar y mis piernas eran de gelatina. La misma inmensidad del local parecía oprimirme, estrujarme contra él suelo de cemento… nunca me había sentido tan mal.

Carrigan me empujó hacia adelante. Entonces descubrí al encargado del garaje. El hombre rehuyó mi mirada, como avergonzado de verme. ¿Qué demonios estaba sucediendo a mi alrededor?

De pronto nos detuvimos.

—¿Es éste su coche, Blake? —preguntó el teniente.

—Sí —dije.

Uno de los hombres se acercó. Anunció con voz impersonal:

—No hemos tocado nada, teniente, tal como usted ha ordenado.

—Perfecto. Veamos, Blake —continuó, dirigiéndose a mí—: Usted ha traído el coche aquí personalmente, ¿no es así?

—¡Claro que lo he traído yo! ¿Cree que tengo chófer?

—No pierda los estribos, pesquisa. Le queda bastante más por explicar.

—Al cuerno. Me encuentro mal, ¿comprende? Lo único que deseo es dormir.

—Ya… Dígame, tipo listo: ¿Dónde ha ensuciado el coche con esa grasa?

Eché un vistazo a la mancha que ya antes había señalado el encargado del garaje.

—No tengo ni idea… Oiga, ¿nadie tiene un trago? Le aseguro que lo necesito.

—Estoy seguro. Vamos, Blake, pórtese bien y no me haga perder el tiempo… ¿Dónde ha manchado el coche?

—¿Por qué no se va usted al infierno, Carrigan? No puede tratarme así y menos a estas horas.

Inesperadamente me sujetó los brazos y comentó a examinarme las manos. No pareció muy complacido. Después se echó atrás y llamó al garajista para preguntarle:

—¿Es ése el traje que llevaba cuando ha traído el coche?

—Sí, señor…

—¿Y los zapatos?

—También son los mismos.

Comenzó entonces a escrutar mi indumentaria con tanta atención que cualquiera hubiera dicho que estaba buscando oro.

Hasta que se enderezó mascullando algo entre dientes.

—¿Qué demonios anda usted buscando? —Logré refunfuñar con mal humor—. Si no le gusta mi vestuario…

—¡Cállese!

—Muy bien.

Avanzó hasta el coche y señaló el baúl portaequipajes.

—Eche un vistazo a esto, Blake —ordenó.

—¿A qué?

—Ábralo.

Adelanté los pasos que me separaban de mi auto y levanté la tapa. Quedé petrificado de espanto, sosteniéndola abierta y temblando cada vez más violentamente.

Dentro del portaequipajes había el cadáver de un hombre y su sangre había ensuciado la alfombrilla de goma. Estaba doblado en forma de cuatro y lo que quedaba de su cabeza no era agradable de ver.

Dejé caer la tapa y me aparté, tambaleándome y con terribles náuseas. Como pude llegué a un rincón y allí permanecí unos instantes, aplastado por lo que acababa de ver.

Nadie vino a mí. Todos permanecieron donde estaban, mirándome a distancia y sin hablar. Hasta que volví a sentir el estómago en su lugar y pude enderezarme y regresar.

Carrigan reanudó el ataque.

—Bueno, Blake. Empiece a hablar y hágalo con sentido común de una vez. Nadie le salvará de esto.

—¿Qué quiere que le diga?

Señaló el coche.

—Por ejemplo, Blake; empiece por el lugar donde ha cargado ese «equipaje».

—Yo no he cargado nada. Ya le he dicho qué me ha sucedido esta noche. Alguien debe haber trasladado el coche y…

—Y un cuerpo. Eso es una mala invención suya. Pero debería

comprender que no tiene escapatoria posible y que lo único que logrará, será empeorar su situación.

Sacudí la cabeza. Sentí como si el cerebro rebotara de un lado a otro. ¿Es que aquello no iba a terminar nunca?

Hizo una seña a sus hombres y ordenó:

—Pueden empezar. Quiero fotografías claras del cadáver y el coche. Saquen muestras de la grasa también para el laboratorio… y usted, doctor, puede igualmente examinar el fiambre cuando hayan terminado los fotógrafos.

El hombre joven y bien vestido asintió. Carrigan volvió a dedicarse a mí.

—*Okey*, tipo listo. Ha venido usted a darme la razón en mis teorías…

—Déjese de estupideces. ¿Quién es el muerto?

—No lo sé. Ahora lo veremos, si es que lleva documentación en el bolsillo. Pero usted debería saberlo.

—¿Yo?

—No se mata a un desconocido sólo porque no nos guste Su cara, Blake.

—No lo he matado yo, condenado sea usted. ¿Cree que si lo hubiese hecho lo habría traído aquí y habría dicho al encargado que limpiara el coche? No sea imbécil —añadí, ya perdidos los estribos —. Yo sé que cuando limpia los coches limpia también el portaequipajes. He visto docenas de veces cómo lo hace.

Eso pareció darle algo en que pensar, pero pronto reanudó sus andadas.

—Usted no habría hecho eso… si hubiera estado sereno. Pero ha llegado aquí borracho como una cuba. No sabía lo que hacía.

Me encogí de hombros, cansado de discutir. Por otra parte, cada palabra parecía repercutir dentro de mi cráneo. No tenía malditas las ganas de seguir hablando. Que el polizonte dijera todo lo que quisiera. Ya le haría tragarse sus palabras cuando llegase el momento oportuno.

Me acerqué a un coche cercano, abrí la portezuela y me senté en el asiento con las piernas fuera. Busqué un cigarrillo, lo encendí y estuve fumando y viendo trabajar a los peritos y fotógrafos.

Más tarde, el forense empezó también a trabajar en el cadáver, que habían sacado del portaequipajes, y Carrigan se mantuvo a su

lado todo el tiempo.

Cuando terminó el examen, el médico habló unos instantes con él y después se marchó. Durante todo este tiempo no intenté pensar en el embrollo aquel ni en nada absolutamente. Deseaba permanecer lo más tranquilo posible para aliviar el dolor de mi pobre cabeza, que se extendía por mi nuca deslizándose a lo largo de la columna vertebral como si quisiera paralizarme.

Pero Carrigan tenía otras ideas. Vino hacia mí, encendió también un cigarrillo y gruñó:

—Bueno, espabílese si quiere salir de ésta. Según el forense, ese tipo ha sido liquidado hace apenas cuatro horas. Puede haber sido muerto un poco antes o un poco después, pero no antes de cinco ni después de dos horas, de manera que lo ha sido luego de abandonar usted ese bar de que me ha hablado. ¿Está esto claro, pesquisa?

—Precisamente cuando me han tumbado.

—Pero hombre, ¿no se da cuenta de que esa historia no se sostiene ni prendida con alfileres?

—No tengo otra, Carrigan. Y se da la chiripa de que es la verdad, así que…

—Hay algo curioso en ese cadáver… La pernera derecha del pantalón está también embadurnada con grasa. Al parecer es de la misma clase que la del coche.

—Bueno.

Me miró fijo, sin parpadear. Tras unos instantes soltó:

—Es usted un desgraciado, Blake.

—¿Y qué con eso?

—Ésta es una de las veces que me da lástima, ¿comprende?

—Guárdese sus sentimientos y dígame quién era ese pobre tipo.

—Su nombre era Sinclair Dalton.

Me atraganté con el humo y empecé a toser, aturdido por esa nueva noticia.

¡El hombre al que yo tenía que encontrar!

—¿Qué le pasa, Blake, se ha asustado de ese nombre? Levanté la cabeza e hice esfuerzos para dominarme. Pero estaba demasiado agotado y me encontraba deshecho. No tenía ganas de luchar ni de discutir y pensé que lo mejor era mantener la boca cerrada y no contestar a ninguna pregunta ni dar ninguna explicación, por lo menos hasta que me hubiese recuperado un poco más.

Él siguió machacando y preguntando. Y yo seguí callado, fumando y cerrando los ojos de vez en cuando para aliviarme.

Hasta que dije:

—Escuche, Carrigan; lléveme a una farmacia. Necesito algo con que serenarme… siento la cabeza vacía y me encuentro igual que si me hubiera pisoteado un rebaño de búfalos locos. Después hablaremos de todo lo que quiera.

—*Okey*… De paso haré que le examinen la nuca. Si le han golpeado tan fuerte debe tener alguna señal.

—Eso puede verlo usted mismo.

—Prefiero que lo vea un profesional.

Me llevó a una farmacia y allí él hizo que me examinaran cuidadosamente. Naturalmente, encontraron un chichón tremendo. Incluso tenía una tira de piel levantada.

Después de esto; el farmacéutico me dio a beber un mejunje nauseabundo, tragué unas pastillas y me sentí peor. Pero eso duró escasos segundos. Fue una especie de reacción. Acto seguido comencé a despertarme.

—Ahora con un trago me sentiría como nuevo —anuncié al policía.

—Está bien, vamos a tomar un trago. Ya queda tiempo de estrujarle, Blake…

Entramos en un bar de los que no cierran en toda la noche. El mozo dormitaba en un extremo del mostrador. El único parroquiano era un hombre que dormía en un rincón con la cabeza apoyada en los brazos.

El *whisky* estaba bueno. Realmente, noté que me sentaba estupendamente.

En cambio, el teniente hizo una mueca y dejó el vaso sobre el mostrador.

—Está bien, desgraciado —refunfuñó—; ya tiene su *whisky* y el farmacéutico le ha reparado por dentro. Ahora desembuche. ¿De qué conocía usted a ese Dalton?

Saqué la fotografía del muerto que llevaba en el bolsillo.

—Me contrataron para encontrar a ese hombre —expliqué—. Había desaparecido hace tres días.

—Siga.

—No tengo mucho que contar. Fue su mujer la que me encargó

buscarlo. Por eso fui anoche a «La Pagoda». Dalton había invertido dinero en ese *cabaret* cuando se reformó.

—¿Y ha hablado con Sagar?

—Sí.

—No me diga que le ha sacado algo. Ese tipo es dinamita.

—No he podido conseguir mucho de él, si exceptuamos un excelente *whisky*.

Le conté en líneas generales mi entrevista con el dueño aparente de «La Pagoda».

—Así que Dalton y su mujer no eran precisamente una pareja feliz, ¿eh, Blake? —comentó al final.

—Eso parece. Pero si quiere acusarla a ella quizá pueda decirme a mí la razón por la cual me contrató para buscarle a su esposo.

—No voy a decirle nada de esto.

—Bueno, como quiera. Lo cierto es que yo no tengo nada que ver con ese crimen. ¿Por qué tenía que hacerlo?

—Hay un millón de razones para un tipo como usted… aunque en estos momentos no tenga yo ninguna lo suficientemente sólida. Espere aquí.

Fue al teléfono y estuvo hablando con alguien. Cuando regresó dejó escapar entre dientes:

—Bien, parece que ha dicho la verdad respecto a las horas en que ha salido de «La Pagoda» y de ese bar… Lo que no queda muy claro es qué ha hecho después…

—No pienso repetírselo. ¿Qué, se ha decidido a detenerme?

—De momento no… es mejor dejarle suelto. Además, cualquier picapleitos le sacaría en un par de horas. Sé cuándo puedo echarle el guante a un tipo y cuándo no. Hay demasiados detalles oscuros todavía. Además, no lleva usted ni una sola mancha de grasa encima…

—¿Grasa?

—Ajá. ¿Olvida la que hay en la carrocería y en los pantalones del cadáver? Si lo hubiese manejado usted muy difícilmente se habría librado de mancharse también. Éste y un par de detalles más le salvan, Blake. Al menos de momento, porque seguiré investigando y comprobando cuanto pueda sobre sus andanzas de esta noche.

—Hágalo. A mí también me gustará saber dónde he estado…

¿Sabe usted, Carrigan? Quien sea que ha matado a ese desgraciado ha cometido también un par de errores… aparte de no embadurnarme a mí de grasa.

—Dígame cuáles, lumbrera.

—Búsquelos.

Salté del taburete y me encaminé a la puerta, donde esperé a Carrigan. Después de esto regresamos al garaje, donde había ya una ambulancia.

Allí el policía quiso saber:

—¿Qué va a hacer ahora, Blake?

—Quiero dormir… pero antes tengo que dar la noticia a mi cliente. Me parece que no va a gustarle mucho… había entablado ya una demanda de divorcio…

—Así se ha ahorrado el juicio y las demás molestias.

—Sí, pero se ha ganado la atención de los polis, ¿no?

—Es inevitable, aunque sea pura formalidad.

—Ya… Llámeme si se le ocurre algo.

Subí la rampa con pasos cansados. Entonces dejé libre a la mente para pensar en lo que le diera la gana.

Naturalmente, el centro de los pensamientos resultó la hermosa mujer a quien no había sabido matar… «Carola»… ¿Quién le habría puesto semejante nombre?

Sentí la tentación de meterme en un bar, pero pensé que por lo menos durante la entrevista con Doris Dalton debía mantenerme despejado.

Resultó un sacrificio, pero llamé a un taxi y así evite el entrar en cualquier taberna.

CAPÍTULO VI

Tuve que esperar varios minutos después de llamar. Plantado ante la puerta de aquel apartamento se me ocurrió preguntarme cómo iría vestida la hermosa Doris Dalton. Era una hora intempestiva para hacer visitas que yo mismo me hubiese avergonzado de no llevar ya demasiado tiempo en la profesión de detective privado.

Me disponía a pulsar de nuevo el botón del timbre cuando vi brillar la luz por el respiradero que había encima de la puerta. Casi al instante la voz de mi cliente preguntó:

—¿Quién está ahí?

Había un acento de alarma en la pregunta.

—Blake, *mistress* Dalton. Tengo algo importante para usted.

—Un momento…

Se abrió la puerta y ella quedó enmarcada en ella. Iba más o menos cubierta con una de esas mosquiteras que en París cuestan un ojo de la cara y que uno se pregunta para qué sirven, ya que para cubrir…

—¿Se da usted cuenta de la hora que es, míster Blake? —interrogó, rompiendo mi soliloquio.

—Lo siento. ¿Puedo entrar?

—Sí… Sí, claro, pase…

Entré. Se desprendía de ella un aroma embriagador. Si era un perfume había sido creado por un genio, pero yo más bien creí que era la fragancia de su cuerpo apenas velado por el tenue modelo que lucía.

—Lamento haberla obligado a levantarse a estas horas —dije, con lo cual solté mi primer embuste—; pero considero que es necesario dadas las circunstancias…

—Está bien; pase y podrá tomar algo si gusta…

Me guió hasta un saloncito cómodamente amueblado. Había allí

dentro lujo suficiente para desnivelar el presupuesto nacional.

—¿*Whisky*? —preguntó lacónicamente.

—Si no le molesta…

Desapareció por una puerta y yo aproveché para dar un vistazo a mi alrededor. Hasta las paredes parecían desprender el embriagador perfume que emanaba de ella.

Regresó trayendo lo necesario para servirme un *whisky* con hielo. No parecía tener mucha prisa para averiguar lo que me había traído a verla a hora tan temprana. Terminó de escanciar el licor y me ofreció el vaso. Entonces inquirió:

—Y bien, míster Blake, ¿qué es eso tan importante que tiene para mí? —Esbozó una sonrisa y añadió—: No me diga que ha encontrado a mi esposo. Apenas si ha tenido usted tiempo de buscarlo…

—Sería mejor decir que él me ha encontrado a mí, *mistress* Dalton.

Me miró sin comprender. Aproveché para sorber el *whisky*, que era de una categoría muy fuera de mi alcance.

—¿Él a usted? —balbuceó.

—Ajá.

—No me gustan las adivinanzas, míster Blake. Por favor, explíquese. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Dentro del portaequipajes de mi coche.

Pegó un respingo. La verdad pareció abrirse paso en su mente con dificultad, pero acabó por comprenderlo ya que susurró:

—¡No es posible! ¿Quiere decir que estaba…?

—Muerto, *mistress* Dalton. Alguien le había pegado un tiro en la cabeza.

Tuvo que sentarse, pero ésa fue toda su reacción. Mientras ella luchaba para encontrar la voz pude, examinarla a placer. Y, realmente, era un placer contemplarla. La finísima tela azul que la cubría aparecía salpicada de ramalazos rosados allí donde se transparentaba su piel Si no hubiera estado tan agotado seguro que me habría causado un impacto demoledor la contemplación de semejantes encantos.

—Por favor, cuénteme qué ha sucedido —consiguió pedir al fin.

Lo hice sin detallar mucho, viendo el asombro reflejarse en su bello semblante.

—Pero eso no tiene sentido —balbuceó—. ¿Por qué alguien ha tenido que matarlo?

—Eso es lo que falta averiguar. Lo que sí me intriga realmente es cómo se le ha ocurrido a alguien colocarlo en mi coche… Le aseguro que a no mediar un par de circunstancias afortunadas para mí a estas horas estaría en una celda acusado de asesinato.

—¿Usted?

—Naturalmente. No tengo coartada para la hora del crimen. Es más, la policía me considera capaz de matar a un tipo si con ello obtengo un buen beneficio. Pero, y eso me salva de momento, todavía no creen que yo sea tan estúpido como alguien ha querido hacer ver.

—No le comprendo…

—Ya se lo contaré más adelante. Ahora dígame… ¿No ha sabido nada de su esposo desde que vino usted a verme?

—Nada en absoluto. ¿Cuándo cree usted que ha muerto?

—Lo han matado esta misma noche, hace unas cinco horas poco más o menos.

—Es terrible…

Apuré el resto del *whisky* sin apartar la mirada de su rostro. Ella interpretó este escrutinio a su manera, porque dijo suavemente:

—Supongo que se sorprenderá usted de mi pasividad…

—Bueno, no parece haberse afectado mucho.

—Tiene razón. No soy de natural emotivo… Pero en este caso no tengo razón para demostrar un dolor que no siento. Usted ya sabe que tenía entablada demanda de divorcio… Hace ya tiempo que dejé de sentir ningún aprecio por él… por Sinclair. Usted sabe… Era cruel, bruto… aunque comprendo que en las actuales circunstancias no debería hablar así de él.

—Conmigo puede hablar como se le antoje, pero le aconsejo que cuando lo haga con la policía vaya con cuidado.

—¿Cree que serán muy duros conmigo?

—Si la ven tan tranquila como está ahora es posible que sí. El que lleva el caso es el teniente Carrigan. Es un buen policía, pero ve el mundo desde su punto de vista legal, de manera que todo aquel que esté más o menos relacionado con la víctima es sospechoso hasta que se demuestra lo contrario. Éste es el criterio de la policía, digan lo que digan los legalistas.

Eso pareció preocuparla un poco. Murmuró, abstraída:

—Nunca he tenido tratos con la policía… no sé si sabré comportarme…

—No tiene nada que temer.

—¿Cree usted que debería pedir ayuda a mis abogados?

—No se lo aconsejo. Eso despertaría las suspicacias del teniente.

Me miró. Me pareció advertir cierta súplica en sus hermosos ojos.

—Tengo miedo, míster Blake… Miedo de enfrentarme sola a esos hombres… Deben ser rudos y antipáticos.

Sonreí con cierta burla.

—Sólo se muestran rudos con cierta clase de gente. Conmigo por ejemplo. A usted la tratarán con extrema consideración, ya lo verá.

Reflexionó sobre esto. De vez en cuando, sus pupilas se clavaban en mí, pensativas. Hasta que soltó suavemente:

—Me gustaría tenerle a mi lado, míster Blake.

—¿Qué?

—Cuando venga la policía… No sé por qué razón, pero usted me infunde confianza…

—Es sorprendente —confesé—. Apuesto a que es la única persona a quien inspiro semejante sentimiento.

—¿Se quedará?

—¿Para qué? Legalmente no tengo ningún poder frente a los polizontes. Es más. Carrigan es capaz de echarme de cabeza por la ventana.

—No podrá echarle de aquí mientras yo no lo desee, ¿no es cierto? Ésta es mi casa.

Comenzó a interesarme la idea. Sería una manera de hacer rabiar a Carrigan, aparte de que, había un par de perspectivas que me seducían. Sin embargo, me encontraba agotado y hecho polvo. Necesitaba dormir.

—Escuche, *mistress* Dalton —dije pacientemente—. Mi presencia aquí no la ayudaría a usted en absoluto. Es más; necesito descansar. He pasado una noche de infierno… No le he contado todavía que alguien me ha golpeado por detrás dejándome casi una hora fuera de este mundo. Ha sido durante ese tiempo que alguien ha matado a míster Dalton, colocándolo después en mi coche. Por todo esto y… bueno, algunas otras cosas, estoy deseando echarme en

cualquier parte y dormir.

—Bueno… puede hacerlo aquí si lo desea. Yo me sentiré mucho más tranquila, se lo aseguro.

—Si lo presenta en esos términos… —dije encogiéndome de hombros.

Se animó visiblemente.

—Puede echarse en esa habitación —indicó, señalando una puerta—. Así, cuando ellos vengan, usted podrá intervenir si yo le necesito.

—Encantado.

Me serví otro *whisky* y al ir a beber me encontré ante los ojos de Doris Dalton, fulgurantes como una llama.

—¿Qué sucede? —indagué.

—Me gusta usted, míster Blake —dijo suavemente.

Casi pegué un salto en el diván.

—No me diga…

—Yo no creo que sea usted tan… Bueno, tan desaprensivo como lo calificaron los abogados en el tribunal. Hay algo en usted que inspira confianza.

—Muy amable.

—¿No me cree?

—No sé qué creer. Esto es algo nuevo para mí, *mistress* Dalton, aunque por lo menos es agradable que alguien opine así de uno…

Bebí el contenido del vaso rápidamente. Comenzaba a sentir que el sueño huía de mí. Mala señal.

Permaneció callada unos momentos. Aproveché para buscar un cigarrillo y no lo encontré, pero ella se apresuró a remediar las cosas ofreciéndome una cigarrera de laca tallada.

Encendimos los dos. Tabaco caro. Todo allí era de precio, de muy alto precio.

La viuda dijo al fin:

—¿Recuerda lo que le dije cuando estuve en su despacho, míster Blake?

—Palabra por palabra.

—Le aseguré que no era tacaña…

—Así es.

—Se lo demostraré a usted cuando todo esto haya terminado. Creo que seré «muy» generosa, míster Blake…

Sería algo muy agradable. Eso se prestaba a muchas interpretaciones.

—Le recordaré su promesa —afirmé.

Sonrió. Sabía cómo hacerlo para producir escalofríos en el hombre que estuviera mirándola. Y a mí me los produjo.

—No me juzgue mal, por favor —añadió suavemente—. No soy una mujer ligera, usted sabe… Pero he pasado años conteniendo mis impulsos, encerrando mis sensaciones en un compartimiento estanco por temor a mi esposo. Me gustaría que usted pudiese comprenderlo, Steve. ¿No le molesta que le llame así, verdad? —No esperó mi respuesta, sino que prosiguió—: Al principio, cuando todavía persistía en mí la ilusión del matrimonio, hice esfuerzos para demostrarle mi afecto… mi amor por él y todo ello dando rienda suelta a mis impulsos pasionales. Pronto me convencí de que me había equivocado. Al lado de él yo era una figura decorativa con la única misión de agradar a sus invitados, cuando los traía a casa para hablar de negocios. Fuera de eso me consideraba lo mismo que un mueble de lujo.

—Ya veo…

—Créame, he vivido en un infierno durante estos años…

—La creo.

—Así comprenderá la necesidad que siento de expansionarme, de poder mostrarme tal como soy, sin estúpidos fingimientos.

—Lo comprendo, *mistress* Dalton…

—Llámeme Doris, por favor. De lo contrario yo no me atreveré a llamarle Steve…

—Es un bonito nombre el suyo, Doris. Me encanta.

Sonrió de nuevo aprobadoramente. Las cosas iban por buen camino.

—Comprendo que está usted agotado, Steve… No le voy a entretener más.

Se levantó y abrió la puerta de la habitación que me había destinado. Era pequeña y cómoda. Desde ella podría escuchar perfectamente lo que se dijera en el saloncito entre la policía y mi cliente.

Plantado en el umbral de la habitación, quedé un instante mirando al fondo de aquellos hermosos ojos. Ella resistió el escrutinio sonriendo. Entonces le advertí:

—Personalmente, Doris, a mí me parece maravillosa vestida con esa mosquitera o como se llame. Pero para recibir a los polizontes procure cubrirse con algo más. Podrían pensar cosas muy extrañas, ¿comprende? Suelen tener una mente un tanto retorcida y carecen por completo del sentido del humor.

—Sé lo que quiere decir, Steve. De ahora en adelante reservaré esta… «mosquitera» para usted solo.

Me pareció muy bien. Era el momento de separarse y de hacer lo necesario para sentar las bases de nuestras futuras relaciones… y lo hice.

Incliné la cabeza y la besé suavemente en los labios. Ella recibió la caricia, devolviéndola con creces, y se apartó antes de lo que hubiera deseado.

—Que descanse, Steve…

Retrocedió, cerrando la puerta. Tardé casi un minuto en reaccionar. Durante este tiempo estuve diciéndome una y otra vez que Doris sabía perfectamente lo que hacía cuando besaba… ¡Qué mujer!

Me quité los zapatos y la chaqueta y me dejé caer sobre el lecho. Estaba agotado y cargado de sueño, sin embargo, Doris había revuelto por completo mi mente y tardé largo tiempo en quedar dormido, aunque así y todo seguí pensando en Doris, entre sueños. Y ocurrió entonces algo extraño; algo inexplicable en aquella especie de pesadilla.

Vi a Doris cómo me besaba… y su rostro se esfumaba y en su lugar surgía, radiante de belleza, la cara de la mujer que había sido mi vida y mi ruina, y seguía sintiendo el beso porque los labios no se habían separado de los míos, pero la mujer había cambiado. Carola… ¿A quién se le habría ocurrido semejante nombre?

Estaba junto a mí… y me besaba… y yo sentía todas las emociones que había experimentado en otros tiempos… y era feliz…

Doris… Carola…

Entonces desperté sobresaltado. Un hombre estaba hablando en alguna parte.

Hice esfuerzos por despejar mi mente de aquella pesadilla.

La voz del teniente Carrigan sonaba en el saloncito, y de vez en cuando le respondía la de Doris, vacilante e insegura. Seguramente

estaba pasando un mal rato.

Me calcé los zapatos. Alisé mi cabello con las manos y después me puse la chaqueta. Con sumo cuidado, giré el tirador de la puerta y la abrí cosa de una pulgada para poder escuchar claramente lo que se dijera fuera de la habitación.

Era Carrigan quién estaba diciendo:

—… Y está perfectamente aclarado. Lo que ya no me parece tan comprensible es el por qué usted no acudió a la policía cuando advirtió la desaparición de su esposo. Y me gustaría saber por qué no lo hizo, *mistress* Dalton.

Doris vaciló antes de responder, pero al fin explicó:

—Al principio no supe qué hacer. Pero después pensé que se había ido con alguna mujer… aunque eso era algo extraño en él. Preferí recurrir a un detective privado porque, si yo estaba en lo cierto y él estaba viviendo una aventura con una… Bueno, ya me entiende; un investigador privado podría proporcionarme pruebas de esa infidelidad.

—Ya veo… Usted había solicitado el divorcio, ¿no es cierto?

—Sí.

—Lo comprendo perfectamente. Y —recurrió usted al tipo más desacreditado de toda la ciudad, a un fulano capaz de…

—Quería resultados, teniente —le atajó ella, cosa que me gustó mucho—. Estuve viendo a míster Blake en el tribunal y me pareció muy eficiente.

—No hay duda de que lo es… pero sólo para esa clase de trabajos. En fin, dejemos esto. Como ya sabe, el cadáver de su esposo ha aparecido en el coche de Steve Blake, «su» detective, señora. ¿No tiene usted alguna idea de por qué lo han puesto allí?

—No me gusta su pregunta, teniente…

Me dije que Doris estaba portándose muy bien. No le faltaba entereza.

Carrigan reanudó la ofensiva.

—Blake dice que estaba borracho y que alguien lo tumbó con un golpe. Mientras estaba sin conocimiento, alguien metió el cuerpo en el portaequipajes. ¿Le ha contado él todo esto?

—Sí… aunque no con todos los detalles.

—Ya veo. Y usted, *mistress* Dalton, ¿lo cree?

Pensé que Carrigan estaba llegando demasiado lejos y abrí la

puerta. Así pude ver el cuadro. El teniente estaba en pie delante de Doris, y un poco apartado, como si la escena no le importara nada, permanecía otro tipo de paisano dando vueltas a un sombrero entre sus manos.

—Me parece, teniente, que está sacando usted los pies del cesto.

Pegó un respingo. Ni él ni su compañero pudieron disimular el asombro que les produjo mi súbita aparición.

—Vaya, vaya —masculló cuando recobró el habla—. ¿Qué significa esto, Blake?

—¿Él qué?

—Su presencia aquí como si estuviera en su propia casa. ¿No le parece por lo menos sorprendente?

—En absoluto.

—Ya… ¿Sabe usted, Blake? Empiezo a creer que no le he dado la importancia que merece… Es usted un pájaro muy astuto…

—Me alegra que se haya dado cuenta de mis cualidades.

—Sin embargo, todavía estoy a tiempo de subsanar mi error… De ahora en adelante voy a hacer que examinen sus coartadas con un microscopio.

—Perfecto. ¿Ha terminado el interrogatorio, Carrigan?

—El de usted sí. Lárguese, Blake, y no me haga perder el tiempo.

—Me quedo.

Sus ojos centellearon. Si le daba por hacer las cosas a lo bruto iba a verme en apuros.

—Márchese, Blake —repitió amenazadoramente—. Usted no puede estar aquí si yo considero que su presencia es un estorbo para mi trabajo.

—Todo esto es palabrería, teniente. *Mistress* Dalton es mi cliente, ¿lo ha olvidado? Tengo perfecto derecho de velar por sus intereses.

—Ésa es tarea de sus, abogados y usted lo sabe perfectamente. ¿Quiere salir pacíficamente o tendré que ordenar al sargento que lo eche escaleras abajo?

Me disponía a replicar, pero Doris me tomó la delantera.

—Creo, teniente —dijo con voz tan fría como el hielo—, que usted olvida el lugar donde se encuentra. Ésta es mi casa. Y no consiento que usted intente echar de ella a mis amigos.

Eso dejó estupefacto al policía. Su mirada vagó de mí a Doris y

de ella a mí, tan sorprendido que no atinó a replicar hasta pasados unos instantes.

—Ya veo —gruñó entonces—. Así que este marrullero es amigo de usted…

—¿Le escuece algo, Carrigan? —pregunté irónicamente.

—Lo encuentro interesante por lo menos —dijo.

Nadie habló durante unos instantes. Carrigan se dio cuenta de que aquella partida la tenía perdida de antemano y decidió seguir adelante a despecho de estar yo presente.

Se encaró con la viuda y preguntó:

—Tengo entendido que su esposo había invertido dinero en el *cabaret* «La Pagoda». ¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿Qué otros negocios tenía?

—No lo sé, teniente. Él nunca me hablaba de sus negocios… Tendré que ver a los abogados para aclarar todos estos detalles.

No había duda de que el teniente estaba desconcertado. Debía tener algunas ideas sobre el crimen, ciertas o no, pero por alguna razón no se atrevía a exponerlas en aquellos instantes, dejando que sus ojos grises vagasen de un lado a otro distraídamente.

Hasta que de pronto se volvió hacia mí y gruñó:

—Me parece que ya que está usted aquí puede responder a un par de preguntas, Blake…

—Pruebe a ver.

—Usted se ha entrevistado con Sagar en «La Pagoda», ¿no es cierto?

—Sí.

—Dígame lo que ha sacado en claro de él respecto a la desaparición de míster Dalton.

—Nada. Usted sabe la clase de pájaro que es Sagar… No suelta una palabra si no es que eso le beneficie a él directamente. Aunque, a decir verdad, teniente, eso ya lo sabía yo antes de ir a verlo:

—Explíqueme entonces por qué ha ido, si de antemano estaba seguro de no obtener resultados.

—Porque yo tenía la idea de que míster Dalton estaba corriendo una aventura amorosa con alguna muchacha del club. Las hay capaces de soliviantar a un témpano. Pensé que tal vez míster Dalton se había dejado embaucar por una de ellas…

—¿Y sacó algo en claro por ese lado?

—Nada en absoluto, aunque supongo que usted lo comprobará por su parte.

—Sí, tengo algunos hombres ocupándose de eso. Total; no ha conseguido usted nada.

—Yo no diría tanto. Me he forjado una composición de lugar… y tengo algunas ideas sobre lo sucedido.

—¡No me diga! Eso es milagroso si tenemos en cuenta que su cerebro debe estar flotando en alcohol… Cuénteme esas ideas, Blake.

—No tiene usted sentido del humor, Carrigan, pero sí le diré algo… Por ejemplo: Míster Dalton era socio de «La Pagoda». No sé qué porcentaje de capital era el suyo, pero presumo que debía ser muy elevado. No me sorprendería que fuera la totalidad, figurando Sagar únicamente como socio industrial. Muy bien; si míster Dalton muere hay muchas probabilidades de que Sagar pueda quedarse con la totalidad del negocio…

—Así que es eso lo que usted cree…

—Es solamente una idea. Falta ver cómo está el asunto legal del negocio.

—Ya veo… Sus sospechas se centran en Sagar, ¿eh?

—Eso es. Y hay otra razón para mis sospechas, teniente. Piénselo usted mismo. ¿Quién sabía dónde estaba yo cuando me han tumbado?

—Ya veo…

—Estoy seguro que lo ve usted. Alguien me ha seguido al salir de «La Pagoda», esperando la oportunidad de dejarme fuera de combate. Y la oportunidad se les ha presentado cuando he abandonado el bar de Shorty, en unas condiciones tales que les he facilitado la tarea. Ni siquiera me he enterado de que me atacaban.

—Ya veo… —repitió, pensativo. Luego gruñó—: Usted quiere meter en mi cabeza la idea de que Sagar es el asesino.

—Al diablo, Carrigan. Yo no quiero meter ideas en su cabezota. Le expongo lealmente las mías, eso es todo.

—Quisiera estar seguro de que es así, pesquisa… Bien, ya queda tiempo de comprobar todo esto. Tal vez entonces le exponga cuáles son mis propias ideas al respecto, Blake.

—¿Quiere decir con eso que ha terminado aquí?

—De momento sí.

Apenas pude disimular mi extrañeza, pero no hice ningún comentario. Después de todo, Carrigan no era ningún tonto. Él debía tener alguna teoría elaborada y tarde o temprano la expondría.

Contemplé como se despedía de la viuda. No pudo esconder cierto tono desabrido al hacerlo. Después se volvió a mí y preguntó:

—¿Se queda usted, Blake?

—Sí, tengo que tratar todavía algunos asuntos con *mistress* Dalton.

—Bien…

Hizo una seña a su silencioso acompañante y se encaminó a la salida. Doris permaneció sentada y yo fui tras el policía.

Ya junto a la puerta él se volvió y me miró con las cejas, fruncidas:

—Me pregunto, Blake —dijo suavemente—, si es usted tan estúpido como aparenta…

—¿Qué demonios quiere decir?

—Descúbralo, aunque aquí hay algo extraño… Algo que no encaja. Usted dirige, mis sospechas hacia Sagar. El cadáver aparece en su coche. La viuda es una dama tan hermosa que cualquier hombre haría un montón de estupideces por ella. Y usted, un borracho impenitente, se convierte en su paladín. Baraje todo esto y dígame después qué obtiene como resultado.

Dio media vuelta y abrió la puerta. Yo dije:

—No me gusta jugar a los naipes, teniente. Baraje usted mismo las cartas.

Sonrió.

—Ya lo he hecho —afirmó, saliendo.

Di media vuelta y regresé al interior.

Doris se puso en pie y vino hacia mí con una prometedora sonrisa en sus labios.

—Gracias, Steve —murmuró.

—¿Por qué?

—Por haberme librado de ellos… Pero… ¿Es cierto que piensa en Sagar como criminal?

—Hasta cierto punto. Lo que sí es cierto es que he estado soltándole todo esto al teniente para mantenerlo ocupado y que se

olvidara de usted entretanto. Así no la ha molestado demasiado…

—Es usted maravilloso. No sé qué hubiera hecho de haber estado aquí sola… Me ponen nerviosa tantas preguntas…

—Si eso es así supongo que me he ganado una pequeña recompensa, Doris…

Asintió con un gesto y vino a mis brazos como atraída por un imán. Sus labios subieron en busca de los míos mientras la estrechaba contra mí y el beso nació arrolladoramente. Ya he dicho antes que ella sabía besar, pero si alguna duda me hubiera quedado en aquellos instantes se habría desvanecido totalmente. Doris había nacido para amar.

Creo que los dos perdimos la noción del tiempo, y aquello podía haberse convertido en un estallido pasional de no haber mediado una brusca interrupción.

Fue la voz del teniente Carrigan que gruñó desde la puerta del saloncito:

—Siento interrumpir, pero…

Nos volvimos en redondo, estupefactos. El polizonte avanzó tranquilamente, sonriendo, y explicó:

—Había olvidado el sombrero…

Lo recogió del suelo, casi escondido bajo la butaca en que por lo visto se había sentado a su llegada, y después se volvió a mirarnos casi acusadoramente.

—Lamento haberles estorbado —refunfuñó.

—Estoy seguro que lo lamenta —exclamé, furioso—. Pero lo lamentará mucho más si no se larga definitivamente de aquí.

—Tómelo con calma, Blake.

Echó a andar hacia la salida. En dos saltos estuve a su lado y le detuve.

—¿Cómo demonios ha podido usted entrar, Carrigan? —quise saber.

—Esto… yo… Por lo visto la puerta no se había cerrado del todo cuando he salido. Iba a llamar cuando he visto que estaba abierta, ¿comprende?

—Un bonito cuento… usted la ha dejado abierta para poder meter su sucia nariz donde no le importaba.

—Está en un error… todo esto me importa, y mucho. ¿Se da cuenta, desgraciado? Lo que he visto viene a confirmar mi primitiva

idea. Usted tenía un magnífico motivo para eliminar a míster Dalton… Y, pensándolo bien, ella también lo tenía.

Dio media vuelta y abandonó el apartamento. Esta vez cerré de un portazo y cuando regresé al lado de Doris me sorprendió ver cuán pálida estaba.

—Steve… ¿Cree que…?

—No te preocupes, encanto. Por muchas ideas que tenga Carrigan tendrá que probarlas y eso es muy complicado en un caso como éste. Sin embargo nos dará trabajo.

—¿Por qué, Steve?

—Porque si no descubre pronto al criminal nos cargará a nosotros con todas las sospechas… Realmente, ya lo ha insinuado al despedirse. Según él, yo he matado a tu marido para quedarme contigo. Eso suponiendo que no crea que tú también has intervenido. No tienes ni idea de lo retorcido que es el cerebro de ese polizonte.

—¡Oh, Steve!

La abracé y el contacto de su cuerpo disipó todos los temores.

Permanecimos unos instantes así, sin hablar, con sus ojos muy cerca de los míos. Después volví a besarla y finalmente la aparté suavemente.

—Debo irme, querida —dije—. No podemos dejarle mucha ventaja a Carrigan o nos dará un disgusto. Es preciso que haga algo…

—¿Qué puedes hacer tú, amor?

—Todavía no lo sé.

En eso no decía totalmente la verdad, pero hay cosas que no pueden confesarse a las mujeres. Ellas tampoco hacen alarde del sentido del humor.

Un minuto después estábamos junto a la puerta. Ella quiso saber:

—¿Cuándo volverás, Steve?

—No puedo decírtelo, aunque será lo antes posible. Te echaré mucho de menos.

—Y yo a ti…

Cerré la puerta antes que mis ideas sufrieran un revolcón. Sin embargo, el aroma que se desprendía de ella aleteó junto a mí hasta llegar a la calle.

CAPÍTULO VII

El interior de «La Pagoda» estaba tan oscuro y triste que daban ganas de pegarle fuego. Contrastaba vivamente con la alegría de que había hecho gala horas antes, y con la que volvería a reinar en él horas después. Silencioso, con un bosque de sillas sobre las mesas, uno se preguntaba cómo aquel cementerio podría alguna vez mostrar bajo un chorro de luz el cuerpo perfecto de Carola.

Me detuve junto al bar y miré a mi alrededor. De nuevo se apoderaba de mí la sensación de frustración, de ridículo fracaso ante la mujer a la que no había podido matar. Deseé más que nunca el *whisky* que hacía horas que no probaba.

Al fin surgió un hombrecillo de las sombras más espesas del fondo, allí donde estaban las cortinas y el estrado de las orquestas.

—¿Busca usted a alguien? —indagó con una voz chillona, cascada como un cristal roto.

—Sí… Supongo que usted es el vigilante…

—Tengo tantos cargos aquí que me da igual que me llame vigilante que sereno, o mozo… o…

—No importa —le atajé—. Busco a Burton. Alguien me ha dado un encargo para él y no puedo esperar a la noche.

—Ya… Ese sinvergüenza vive muy cerca de aquí… casi al doblar la esquina del callejón…

—Bueno, ¿sabe el número de la casa y el del apartamento?

—Nada de apartamento. Es un sucio hotel en el que suceden las cosas más sucias que usted pueda imaginar.

Solté una risita ante el viejo.

—Por lo visto usted tiene ideas muy firmes sobre lo que pasa a su alrededor, ¿eh, abuelo?

—Tengo demasiados años, hijo, y he visto demasiadas cosas. Por eso me gusta decir lo que pienso de cada tipo. ¿Está claro?

—Muy claro. ¿Cómo se llama ese hotel?

—Nunca lo he sabido… ni creo que haya rótulo alguno. Pero lo verá en cuanto salga a la calle y se dirija al callejón. Burton tiene la habitación treinta y seis.

—Muchas gracias, abuelo…

Lo dejé allí, refunfuñando sobre las cosas que le molestaban.

Desde luego, al verlo uno comprendía todo lo que había dicho el viejo. Si aquello era un hotel yo estaba dispuesto a creer que las ratas vivían en un palacio encantado. Sucio, con los muros desconchados, no se comprendía cómo las brigadas municipales de Higiene no lo habían condenado a la demolición.

El conserje que dormitaba tras el pequeño y descolorido mostrador apenas si me prestó atención cuando atravesé el vestíbulo. Esta actitud del hombre me gustó, por cuanto era una garantía de que nadie se preocupaba de las entradas y salidas, cosa muy conveniente para lo que me proponía hacer.

La habitación treinta y seis tenía el número pintado con pintura negra. Seguramente lo había dibujado un aficionado a juzgar por cómo estaba hecho.

No llamé, sino que tanteé el tirador. La puerta estaba cerrada, saqué el revólver y golpeé suavemente con los nudillos. No obtuve respuesta.

No podía creer que un tipo como Burton, que se pasaba las noches en vela, se hubiese levantado ya a semejantes horas de la mañana, de manera que lo más lógico era suponer que estaba durmiendo a pierna suelta, o tal vez bajo los efectos de una buena borrachera…

Me decidí a probar la suerte. Saqué varias llaves y comencé a probarlas en la cerradura. Una tras otra, todas me fallaron. No podía exponerme a hacer ningún ruido y eso restaba eficacia a mis instrumentos. Sin embargo, y tras no pocos intentos, la cerradura cedió con un leve chasquido y la puerta quedó abierta.

Con sumo cuidado, me introduje en la habitación cerrando a mis espaldas. La oscuridad quedaba aliviada por los mal ajustados postigos de las anticuadas ventanas. El aire olía a diablos allí dentro.

Despacio, con el revólver listo para hacer fuego, atravesé la habitación hasta la ventana y dejé que entrara un poco más de luz. Así pude descubrir al gigantesco pistolero, tendió sobre la cama

cubierto solamente por un sucio pantalón de pijama. Sobre una silla estaban esparcidas sus ropas, y sobre éstas había la funda con su «45».

Me apoderaré del arma y entonces dije en voz alta:

—Vamos, Burton, arriba.

Se removió en el lecho, pero no se levantó ni abrió los ojos. Entonces le sacudí con fuerza. Eso dio resultado. El gorila pegó un respingo y quedó sentado en la cama como un autómata, parpadeando y con una estúpida mueca en su cara de bestia.

—Cuidado, Burton —le advertí—; tengo algunos plomos que llevan tu nombre.

No le gustó nada verme.

—¿Qué pretende con esto? —balbuceó.

—Quiero que me cuentes unas cuantas cosas. Y he de advertirte que a la menor señal de violencia dispararé sin contemplaciones.

—Usted debe estar loco.

—Completamente, Burton… tanto como para dejarte frío, así es que será mejor que respondas a mis preguntas.

Hizo un gesto de fastidio.

—Al diablo. No voy a decirle una palabra.

—Veremos. Para empezar, dime cuándo saliste detrás de mi anoche.

—¿Yo? No digo… Usted está para que le aten.

—Seguro…

Antes que pudiera sospechar lo que se le venía encima le sacudí con el cañón del revólver. Soltó un chillido y cayó hacia atrás, sobre el lecho, donde se revolcó unos instantes dominado por el dolor.

Cuando reaccionó sus ojos echaban llamas y sus manos estaban engarfiadas. Sentí un estremecimiento al imaginar lo que aquel energúmeno haría conmigo si tenía oportunidad.

—Vamos, King-Kong, dime cómo lo hiciste para seguirme…

—¿Cómo podía seguirle? Usted salió inmediatamente…

—Inmediatamente después de charlar con tu jefe —le corregí tranquilamente—. Tú estabas esperando abajo. ¿Fue Sagar quien te mandó seguirme los pasos?

—Es inútil. Yo no hice eso. Sagar tiene otros hombres a sus

órdenes. Yo no me muevo nunca del pasillo de los camerinos… Si alguien le siguió yo no sé una palabra.

—No te creo, bastardo.

Amenacé con golpearle otra vez y él chilló sólo de verse amenazado. Esa clase de matones se encuentran indefensos sin su «45» en la mano.

—¡No me golpee más! —aulló, desesperado—. No puedo decirle lo que no sé.

—Está bien, voy a creerte… aunque no sé por qué he de hacerlo. Sin embargo, hay algo más que tú puedes decirme, matón. ¿Dónde vive Sagar?

Eso le dejó estupefacto, con la boca entreabierta y mirándome sin dar crédito a lo que había oído.

—¿Pretende meterse con el patrón en su propia casa? —farfulló, incrédulo.

—Algo por el estilo. Vamos, ¿dónde vive?

—En Queens… más allá de La Guardia…

—Dame la dirección, rápido.

Vaciló, pero ante un significativo balanceo del revólver se decidió a soltarlo.

—Tiene una casa en el número ocho, seis, uno, Roosevelt Avenue… Una casa rodeada de jardines…

—Perfecto. ¿Cuánto te dio Carola por mantener la boca cerrada?

—¿Qué?

—¿Cuánto?

Nuevos gruñidos de protesta, pero finalmente comprendió que su integridad física dependía de su celeridad en contestar.

—Cien pavos —dijo a regañadientes.

—Muy generosa… ¿Qué había entre Carola y Sinclair Dalton?

Esta vez el sobresalto le obligó a ponerse en pie de un brinco.

Mi pregunta había sido una especie de globo sonda, a ver qué salía. Pero al ver la reacción del eunuco pensé que había acertado. Y esa certeza, por alguna recóndita razón, me hizo daño.

—Ya le he dicho bastante, maldito entrometido…

—¿Qué había entre ellos, Burton?

—No lo…

El cañón del revólver abrió un profundo surco en su enrojecida mejilla y lo tiró de espaldas.

—Sigue así, estúpido, y te convertiré en pulpa esa cara de cerdo que tienes. Contesta.

—¡Usted no puede hacerme esto!

—Me gustaría saber por qué no, Burton… ¿Qué había entre ellos?

Comprendió que las cosas estaban muy feas para él. Sus ojos iban muy a menudo hacia la silla donde la funda vacía de su pistola pregonaba su impotencia.

Al fin dijo:

—No había nada entre Dalton y la chica…

—Quiero la verdad.

—Se la estoy diciendo. Dalton la asediaba… estaba dispuesto a cualquier cosa por ella. Yo mismo había escuchado detrás de la puerta lo que él le prometía…

—¿Qué era ello, Burton?

Pesadamente, se dejó caer sentado sobre el lecho y buscó una postura más cómoda acercándose hacia la almohada. Pero habló:

—Él le dijo a Carola que le instalaría un apartamento y le pasaría una fuerte cantidad cada mes, aparte de comprarle cuánto ella quisiera… Eso me hizo gracia porque era el tipo más tacaño de cuántos he conocido.

—¿Era?

—No comprendo…

—Has dicho que «era» el tipo más tacaño… ¿Es que ya no lo es?

—Si estaba dispuesto a pagar todo eso no debía serlo ya… Las mujeres pueden cambiar a cualquier fulano por mucha pasta que tenga.

—Ésa es una gran verdad. ¿Sabes si llegó a entenderse con ella?

—Ya le he dicho que no. Carola no quiso saber nada de él. Nunca quiere aceptar nada de esos tipos…

—¿Por qué?

—¿Y yo qué puede saber? Mi trabajo es vigilar que todo vaya bien en los camerinos y evitar cualquier escándalo, ¿comprende?

—Ya veo…

Dediqué unos segundos a pensar en todo esto. Algo se empeñaba en distraerme de lo realmente importante en la entrevista: Carola… Como tantas otras veces, se adueñaba de mi mente y atirantaba mis nervios en un fútil deseo de tenerla entre mis manos… ¿O ya no lo

deseaba?

Ella había sido causa de mi hundimiento, de la especie de huida de Los Ángeles, dejando atrás un nombre acreditado y un círculo de relaciones muy convenientes en la vida de un hombre. Siempre había sido la causa de todos mis tropiezos…

De pronto noté un extraño movimiento en el eunuco. Abstraído por los obsesionantes recuerdos del pasado, Burton me había ganado la delantera.

Pegó una voltereta al mismo tiempo que esgrimía un revólver y hacía fuego. Me dejé caer de rodillas instintivamente y a ese movimiento debo la vida. La bala zumbó alborotándome los cabellos.

No le di oportunidad de repetir el disparo. Tiré del gatillo y mí «38» retumbó en la habitación. El eunuco encajó la bala cuando se disponía a mejorar la puntería y se quedó inmóvil, como asombrado de que aquello le estuviera sucediendo a él. Poco a poco, sus brazos cayeron a lo largo de su cuerpo y una expresión de dolor asomó un instante a sus ojos. Después se desplomó y cuando dio de cara contra el suelo estaba muerto y seguía apretando el revólver entre sus dedos.

Me costó reaccionar. Había sido todo demasiado rápido. Como un idiota, sólo se me ocurrió pensar que por muy poco no había sido también Carola la causante de mi último y definitivo tropiezo.

Después pensé en la manera de salir de allí. Forzosamente debían de haber escuchado los disparos…

En efecto; voces excitadas gritaban en el pasillo, aunque me pareció advertir que no sabían exactamente en qué habitación se había producido la batalla.

Eso me animó. Abrí un poco la puerta y atisbé por la rendija. Algunos huéspedes de catadura semejante a la del muerto se interrogaban entre ellos. El portero acababa de aparecer también y preguntaba a voces qué era lo sucedido.

Esperé unos instantes hasta que el portero dobló el recodo del fondo del pasillo. Entonces salí y me entretuve unos segundos como esperando a ver qué pasaba, lo mismo que estaban haciendo los demás. Después eché escaleras abajo sin excesivas prisas… y me encontré en la calle completamente aturdido. Casi no podía creer en mi buena suerte.

Me alejé del hotel sintiendo un extraño vacío en el estómago, como si éste quisiera salirme por la garganta. Acababa de matar a un hombre. Ese pensamiento martilleaba una y otra vez en mi mente y no era nada agradable, incluso diciéndome que Burton no era más que un pistolero a las órdenes de Sagar. Era un hombre y yo acababa de matarlo.

Comencé a experimentar una viva sensación de angustia. También me asaltó súbitamente, como un golpe, un inmenso agotamiento producido por las emociones y la falta de descanso. Estaba medio muerto de sueño y deseaba tumbarme en una cama sin importarme nada más.

Eso era cuanto necesitaba, aparte de unos tragos para entonar el estómago. Decidí que primero había que atender esta parte de mis necesidades, de manera que entré en el primer bar que hallé a mi paso y estuve allí casi media hora, bebiendo algunos *whiskies* como si fueran medicina y pensando en algunas de las sorprendentes facetas del caso que tenía entre manos. Un caso en el que estaba trabajando para un cliente que no iba a pagarme: Yo mismo.

Tras el alcohol mi estómago dejó de retorcerse y ardió de manera alarmante. Llevaba muchas horas sin tomar alimento, pero la sola idea de comer me dio náuseas, así es que abandoné el bar y tomé rumbo a mi apartamento.

Cuando llegué tuve cierta dificultad en introducir la llave en la cerradura. Mis manos temblaban. Eso me alarmó, pero conseguí abrir y entré, cerrando suave. Entonces lo percibí y una corriente de hielo subió por mi espalda culebreando hasta la nuca, lo cual hizo que una extraordinaria rigidez hiciera presa en mí.

No fue más que una sensación, algo como si un sexto sentido me advirtiera por adelantado. Tal vez se trataba sólo de un presentimiento, pero tuve la firme seguridad de que allí había alguien, un intruso, un asaltante que no debería estar entre aquellas paredes…

Rápidamente, saqué el revólver y avancé despacio, sin ruido. La luz entraba a través de las corridas cortinas permitiendo ver perfectamente lo que me rodeaba. La sensación se agudizó.

Con infinitas precauciones, abrí la puerta del dormitorio con el «38» por delante. Y allí estaba.

Tendida en mi cama, en una postura de completo abandono,

había una mujer cuya suave respiración llegó hasta mí con toda claridad.

Tras los primeros instantes de asombro, avancé para ver de quién se trataba, aunque casi no era necesario. Mi subconsciente me lo estaba gritando a voces.

Carola.

Como un imbécil, estuve casi un minuto plantado allí, petrificado, llenándome de su belleza, admirando aquel cuerpo estatuario, aquella cabellera que se desparramaba sobre la almohada como un río de oro…

Y de pronto abrió los ojos y me sorprendió ver que estaba mirándome fijo, tanto como yo mismo lo había estado haciendo.

—Steve… —susurró.

Me dije que tenía que reaccionar, que mi obligación era agarrarla de su hermosa cabellera y arrastrarla hasta el pasillo, echándola escaleras abajo… No podía dejarme vencer otra vez por ella…

En lugar de hacer eso pregunté entrecortadamente:

—¿Cómo has entrado aquí?

Sonrió de aquella manera suya que alteraba todas las fibras de mi cuerpo y murmuró:

—He tenido que sobornar al encargado de noche… ha creído que era tu novia y que deseaba darte una sorpresa…

—Ya veo… Afortunadamente no te has desnudado. Así podrás salir inmediatamente, sin perder tiempo.

—¿Tanto te duele haberme encontrado aquí, Steve?

Su voz temblaba. Cualquiera hubiese creído al oírla que estaba verdaderamente emocionada.

—Sí —afirmé—. Prefiero no volver a saber de ti hasta dentro de treinta años.

—Comprendo. Cuando esté hecha una ruina y tú puedas reírte de mí…

—Aciertas. Vamos, no organices ninguna escena y vete de aquí, «Carola».

Pareció haber recibido una bofetada ante el sarcasmo de mi voz.

—Steve…

—No perdamos tiempo. Fuera de aquí, maldita seas. Estoy sintiendo otra vez la tentación de estrechar tu garganta entre mis

manos. No provoques al destino… Aun no comprendo a qué demonios has venido.

—Quiero hablar contigo, Steve… No puedo soportar la idea de que me creas tan infame… de que me odies hasta ese extremo que demuestras…

—Eso debiste pensarlo hace algunos años.

Sus ojos brillaban como estrellas. Noté que estaban húmedos, como preñados de lágrimas, y eso no me hizo maldita la gracia. ¿Hasta qué extremo era capaz de fingir?

Se irguió, majestuosa, mucho más bella todavía que cuando se me aparecía en sueños atormentándome con dolores de infierno, y se enfrentó conmigo decididamente. Las lágrimas comenzaban a desprenderse de sus ojos cuando dio los dos pasos que la separaban de mí.

—No me iré, Steve —barbotó con voz entrecortada por el llanto contenido—. Tendrás que echarme a la fuerza… o matarme si realmente quieres verte libre de mi presencia. Sólo saldré de aquí cuando me hayas escuchado, cuando te haya dicho la verdad de cuánto llevo sufrido lejos de ti… Después… después no me importará lo que hagas conmigo, Steve…

Una tormenta empezó a rugir dentro de mí. De nuevo me dominaban las ansias homicidas… los tambores comenzaban a retumbar en algún lugar lejano… aturdiendo mi cerebro… Tenía que hacerlo… de lo contrario el resto de mi vida sería un infierno, seguiría siendo un fracasado…

Y ella estaba junto a mí, tan cerca que casi percibía el palpitar loco de su sangre…

Y habló de nuevo con aquella voz suya tan suave y acariciante que yo tantas veces había escuchado en sueños…

—Nunca he dejado de quererte, Steve… Tienes que creerme. Cuando te lo cuente todo lo comprenderás, porque yo…

Fue algo estúpido en lo que no intervino para nada mi voluntad. La golpeé brutalmente en la cara. Resultó una bofetada propinada con la mano plana, pero que le hizo girar la cabeza violentamente y la arrojó a ella sobre el lecho, donde permaneció unos segundos inmóvil, petrificada y con las lágrimas rodando por sus mejillas.

Poco a poco, se sentó en el borde de la cama y murmuró sin alterar su voz en lo más mínimo:

—Espero que esto te sirva, de alivio, Steve…

—Te he maldecido tantas veces que puedes considerar eso como una caricia.

Di media vuelta, dispuesto a abandonar el dormitorio. De nuevo me sorprendió su voz.

—Aunque no lo creas, «ha sido una caricia»…

Me volví en redondo. Aquello no podía seguir.

—Puedes pregonar tu triunfo. Incluso puedes decir que yo, Steve Blake, he tenido miedo de ti.

Me encaminé a la puerta del apartamento. Ella corrió detrás de mí, pero se detuvo en seco cuando di la vuelta, ya junto a la puerta.

—Puedes quedarte aquí hasta que te canses. Él alquiler está pagado para el resto del mes.

Abrí la puerta y salí, cerrando de un portazo. Todavía pude oír su voz que gritaba mi nombre… cuando estaba bajando las escaleras a saltos, huyendo como un cobarde.

CAPÍTULO VIII

—Tienes cara de funeral, Steve —gruñó Shorty al ver que no obtenía respuestas lógicas a sus intentos de conversación.

—Vete al diablo.

—¿Qué pasa, no puedes solucionar algún trabajo?

No contesté porque mi mente giraba como un torbellino alrededor de una sola idea.

La idea de que me había portado como un estúpido.

—Está bien, hurón —refunfuñó el irlandés—. Guárdate la lengua. Por mí puedes conservarla en alcohol…

Se alejó hasta el otro extremo del bar y desplegó un periódico de la mañana. Desde donde yo estaba pude leer unos grandes titulares que pregonaban nuestras dificultades con el Gobierno de Cuba.

¿Por qué había huido de ella como un imbécil?

Debía haberme quedado en el apartamento. ¿No era mi casa? Era a ella a quien debía haber echado escaleras abajo. O haberle retorcido el cuello tal como había planeado tantas y tantas veces…

Tragué todo el contenido del vaso, y me obsequié con otro trago de la botella que el pelirrojo había dejado al alcance de mi mano.

Eran tantas las cosas que podía haber hecho con aquella maldita mujer que la cabeza me daba vueltas al pensar en ellas.

Y podía haberla escuchado también…

Casi me avergoncé de pensar en esto. Sin embargo no conseguí alejar esta idea, que fue tomando cuerpo contra mi voluntad. Escucharla, saber qué era lo que tenía que decirme… Saber de una vez por todas qué clase de patraña había fabricado para engatusarme otra vez… y luego aplastarla definitivamente.

Vacié el vaso. El alcohol ardió en mi garganta y por primera vez en mucho tiempo me disgustó ese ardor. ¿Qué demonios estaba sucediendo dentro de mí?

Salté del taburete, arrojé unas monedas sobre el mostrador y

abandoné el local sin despedirme del irlandés.

Una vez en la calle vacilé todavía. Pero al fin anduve rápidamente, como si realmente tuviera mucha prisa en terminar con aquella pesadilla, cuando la verdad era que cuanto más me acercaba a casa menos decidido me sentía.

Al fin, como si despertara de un sueño, me encontré dentro del apartamento, con la espalda apoyada en la puerta y sintiendo los acelerados latidos de mi corazón.

—¡Ilona! —grité, nombrándola por primera vez por su verdadero nombre.

No hubo respuesta. Casi a trompicones recorrí el apartamento.

Estaba desierto. Ella se había marchado…

Me reproché una y mil veces por no haberla escuchado… sin recordar en aquellos instantes que mi verdadero destino era matarla… a pesar de haber fracasado una vez y otra cuando había tenido la oportunidad de hacerlo.

Hasta para ese tétrico cometido era un fracasado…

Me derrumbé sobre una butaca y escondí la cara entre las manos, sintiendo los vapores del alcohol flotar en mi cabeza y mezclarse con un torbellino de ideas que me aturdían…

¿Cuánto tiempo permanecí, totalmente idiotizado?

Jamás podría decirlo. Cuando comencé a pensar de nuevo con sentido común hice esfuerzos para alejar de mí todo lo que me llevaba hacia la mujer cuya presencia seguía flotando entre las paredes que me rodeaban. Lo único que deseaba era pensar en el misterio en que me había visto envuelto… y al fin lo conseguí.

Comencé a examinar el caso desde el principio. Pasé revista a todo lo sucedido y acabé por decirme que lo que yo creía una estupidez, o sea, la colocación del cadáver en la trasera de mi coche, no lo había sido. Al contrario; era una jugada muy inteligente… si no hubiesen intervenido un par de factores imprevisibles que me habían salvado. Por lo menos, me habían salvado provisionalmente. Carrigan estaba en aquellos momentos debatiéndose entre una mar de dudas. Si no conseguía algo, definitivo en que hincar el diente, me cargaría a mí con el mochuelo. Y lo haría de tal manera que yo me vería negro para escapar de la acusación, máxime siendo un tipo desacreditado y en una situación como la mía.

Algo había que hacer.

Además, estaba también el cadáver de Burton. Cuando lo descubriera Carrigan sabría que había sido uno de los hombres de Sagar y ataría cabos… y yo me vería metido en uno de sus nudos.

El revólver.

Lo saqué. Después saqué también la potente automática que había pertenecido al pistolero. Tenía que desprenderme de las armas, aunque mi revólver estaba registrado.

De pronto se me ocurrió algo más. Me levanté de un salto y salí disparado.

Mi oficina tenía el mismo aspecto triste de siempre. No había ninguna novedad. Cerré la puerta por dentro y abrí la pequeña caja fuerte, sacando de su interior el revólver que llevaba años en mi compañía.

Era un «38» también, viejo y con las cachas agrietadas. Siempre lo había guardado porque era casi un recuerdo de los viejos tiempos de Los Ángeles. Era precisamente el que estaba registrado en esa ciudad, de manera que podía servirme para lo que me proponía si la policía se interesaba por mi arma.

Media hora más tarde abandonaba un taxi junto al embarcadero de los transbordadores que hacen el servicio hasta la Estatua de la Libertad.

Di un par de vueltas por los alrededores como esperando la hora de partida, pero aproveché la primera oportunidad que se me presentó y arrojé un paquete al agua. Después respiré, aliviado. El paquete contenía la automática y el revólver.

Me consideré a salvo. Claro que quedaba el riesgo de la parafina. Si a Carrigan se le antojaba someterme a esa prueba encontraría partículas de pólvora en mi mano, pero eso siempre podría justificarlo diciendo que había disparado para hacer prácticas… o por accidente. Nunca podría probarme nada con eso solo.

Volví a encerrarme en la oficina, coloqué los pies sobre la mesa y casi al instante quedé dormido. Una apacible laxitud se apoderó de mí, fruto del agotamiento y los nervios, de manera que dormí cómo hacía mucho tiempo no lo conseguía.

Al abrir los ojos era noche cerrada. Me dije, todavía aturdido, que si no conseguía sacudirme el peligro en esa noche podía empezar a cambiar de aires. Nueva York iba a ponerse muy

desagradable para mí.

Saqué la guía telefónica y busqué una dirección. La anoté y salí a la calle sintiéndome mucho más ligero que durante el día. Tal vez, después de todo, yo no estuviese tan estropeado como aseguraba el teniente Carrigan.

La Empresa Hertz, de alquiler de coches, tenía una oficina de servicio permanente durante toda la noche. El empleado que me atendió me aseguró que tenía precisamente el auto que yo necesitaba y me mostró, orgulloso; un *Chrysler* tipo *Windsor* reluciente como un diamante.

No quise discutir y acepté el coche. Diez minutos más tarde lo lancé a Queens comprobando que respondía a los elogios del empleado que me lo había alquilado.

La residencia de Sagar estaba rodeada de jardines. El hombre debía vivir como un rajá. Abandoné el coche a cierta distancia y retrocedí hasta la verja de la extensa propiedad. Por lo que pude ver, la casa estaba a oscuras, pero no quise correr riesgos. Di la vuelta al jardín y así descubrí dos ventanas iluminadas en la parte trasera. O había sirvientes allí, o quizá algunos de los guardaespaldas de Sagar esperando el regreso de su amo.

Bien, no hay premio sin riesgo, me dije. El riesgo consistió en saltar la verja y deslizarme por el oscuro jardín rogando al cielo que no hubiera ningún perro por los alrededores.

Tardé bastante tiempo en descubrir el garaje a causa de tener que moverme despacio y con sumo cuidado. Allí descubrí que las grandes puertas correderas estaban cerradas, pero había una ventana a un lado. Atisbé por ella. Vagamente, se distinguía el brillo de una carrocería pero nada más. Me arriesgué a emplear una diminuta linterna eléctrica y enfoqué el delgado rayo de luz al interior. Sólo había un coche, a pesar de que el espacio era suficiente para contener media docena.

Apagué la linterna y comencé a trabajar en la ventana. Una delgada lámina de acero cumplió con su obligación y unos minutos después estaba dentro sin que ningún ruido hubiera delatado mi presencia.

Permanecí dentro más de quince minutos, y cuando volví a salir llevaba las manos mucho más sucias que al entrar y una legión de ideas en la cabeza.

Nadie cortó mi retirada. El jardín estaba desierto y el césped apagaba el rumor de mis pasos, de manera que logré abandonar los dominios del pistolero sin tropiezo alguno, emprendiendo el regreso con el acelerador hundido al máximo en todos los tramos en que podía hacerlo sin peligro de encontrarme un patrullero pisándome los talones.

De nuevo en el centro, busqué un teléfono y llamé a Carrigan. Si conseguía meterle un par de ideas en la cabeza tal vez pudiese conseguir algo positivo…

Sin embargo no pude dar con él. Me informaron de que estaba de servicio, pero que había salido y no sabían cuándo estaría de regreso.

Contrariado, decidí que tenía que actuar solo y tomé rumbo a «La Pagoda». Si algo salía mal, el brillante *Chrysler* seguramente pagaría también las consecuencias, lo cual causaría un gran disgusto al atildado individuo que me lo había alquilado.

Como siempre, el ambiente del *cabaret* estaba caldeado. Un gran número de parejas llenaban la pista y también la barra aparecía atestada de bebedores. Todavía no había dado comienzo el espectáculo.

Se me ocurrió pensar que, no habiéndose presentado Burton al trabajo, seguramente no habría ningún matón en el pasillo de los camerinos, de manera que entré allí sin adoptar precauciones, actuando con entera normalidad.

Efectivamente, aquello aparecía completamente desierto. Sólo las risas de las muchachas procedentes de un camerino delataban la presencia de alguien en las cercanías. Descubrí que la puerta del camerino de «Carola» no estaba completamente cerrada, lo cual era una ventaja.

Me acerqué a ella, pero me detuve en seco al percibir una voz de hombre que salía de allí. Tuve que colocarme a un lado de la puerta y apretarme contra la pared para poder escuchar.

Entonces identifiqué la voz del hombre. Sagar era quien estaba dentro con la muchacha. Y estaba diciendo con voz seca y al parecer no muy segura:

—¿Pretendes dictarme órdenes tú a mí, encanto?

La voz de Carola replicó:

—¿Es que alguien puede ordenarte lo que debes o no debes

hacer? No, Robert; jamás se me ocurriría dictarte órdenes. Sin embargo, jamás aceptaré tampoco las tuyas, ¿lo comprendes?

—No sabes lo que dices… puedo obligarte a hacer lo que yo quiera. ¿O lo has olvidado?

—Nunca lo conseguirás. Pudiste arrastrarme una vez, Sagar, pero no podrás conseguirlo de nuevo. Seguiré trabajando aquí porque las condiciones económicas son buenas. Pero haré eso solamente, «trabajar» en la pista… no en las mesas.

—Eres tonta, querida —opinó el pistolero—. Te prometo que sólo alternarás con los tipos gordos… los que tienen el dinero en tales cantidades que por mucho que les arrebatemos ni lo notarán siquiera. Son gentes educadas y…

—¡Basta, Sagar!

La voz de la mujer tenía tal entonación de furia contenida que el hombre calló, seguramente estupefacto. Pensé que ella seguía siendo la misma de siempre… con un carácter tan entero como…

—¿Qué crees que conseguirás adoptando esta actitud conmigo?

La pregunta de Sagar no obtuvo inmediata réplica, Pero al cabo de unos instantes ella afirmó:

—Es inútil, Robert. No te temó ya… En realidad, creo que no te he temido nunca. Pudiste cegarme una vez, cuando no era más que una estúpida ambiciosa que creía alcanzar el firmamento con tu ayuda. Ahora ya sé la clase de firmamento que puedo esperar de ti… y lo desprecio con tanta intensidad como te desprecio a ti. Y ahora déjame en paz. Tengo que maquillarme para mi número.

Estuve a punto de entrar para ver la cara del gran hombre. Yo dudaba de que alguna vez le hubieran dicho algo semejante.

Cuando habló su voz temblaba de ira contenida.

—Está bien, paloma… te dejaré que hagas tu número de esta noche. No quiero qué los clientes se queden sin tu actuación. Pero después hablaremos. No creas que esto haya terminado.

—Por mí sí ha terminado. Hagas lo que hagas no lo conseguirás.

—Tal vez no. Pero lamentarás el resto de tu vida no haberme obedecido… porque jamás, ¿oyes, Carola? Jamás, en todo lo que te quede de vida, tendrás a un hombre junto a ti. Yo me encargaré de eso, aunque tenga que dedicar a vigilarte a la mitad de mis muchachos. Vivirás sola, y el desgraciado que pretenda estar contigo lo pagará muy caro. Piensa en esto mientras actúas…

Tuve el tiempo justo de retroceder y acurrucarme tras un montón de cajas. Sagar recorrió el pasillo a grandes zancadas y con cara de perro de presa. Casi podía oírsele rechinar los dientes.

Esperé a que hubiera desaparecido para asomar la cabeza. Entonces me acerqué de nuevo al camerino de Carola, giré el tirador suavemente y me encontré dentro sin haber producido ningún ruido.

Cerré tan cuidadosamente como había abierto. De espaldas, a la puerta, contemplé a la muchacha sentada frente al espejo. Estaba caída hacia delante, con los brazos apoyados sobre el tocador y la cara oculta entre ellos, sollozando. Ni siquiera había advertido mi presencia.

Esperé unos instantes para que mi pulso adquiriera el ritmo más o menos normal. Ella seguía llorando y sus hombros acusaban vivamente los estremecimientos que la sacudían…

Al fin giré la llave en la cerradura. El chasquido que produjo llegó hasta ella y levantó la cabeza mirándome a través del espejo.

Poco a poco, como no dando crédito a lo que estaba viendo, giró en el taburete y se enfrentó conmigo. Vi que tenía las mejillas inundadas de llanto y que sus ojos relucían, más hermosos que nunca.

—Steve… —susurró casi sin voz.

Seguí allí, apretado contra la puerta como si estuviera clavado contra ella.

—Steve… —repitió entre sollozos—. Has venido…

—Sí, he venido —no reconocí mi voz—. Quiero hablar contigo. ¿No te ríes ahora, Carola?

—¡Oh, Steve! ¿Cómo puedes suponer que vaya a reírme? ¡Si deseo gritar de alegría! —Se levantó de un salto y vino hacia mí con la mirada más brillante que nunca—. Pero no me llames jamás Carola…

—Un momento —la atajé—. No es lo que tú crees… he venido a hablar contigo, pero no de lo que supones…

—No me importa… Has venido, Steve…

Busqué un cigarrillo y le prendí fuego, aspirando el humo como si fuera una droga que pudiera darme valor. Al fin dije:

—He estado escuchando ahí fuera. ¿Qué te pasa con Sagar, no van bien los negocios?

—¡Por favor, Steve! No destroces estos instantes hablando de cosas desagradables… ¿De qué querías hablarme?

—De Sinclair Dalton.

—¡Oh!

—Veo que le conoces.

—Sí…

—Supongo que también estás enterada de que fue asesinado.

—He leído los periódicos, Steve. Pero… ¿Qué tienes tú que ver con este asunto?

—¿No decía el periódico dónde fue encontrado el cadáver?

—Sí… en el portaequipajes de un coche…

—Yo soy el dueño del coche, monada.

—¡Oh, no!

—Así están las cosas. Y ahora veamos qué me puedes decir de Dalton y sus negocios. Tengo la idea de que tú sabes bastante de él… creo que te hizo ciertas proposiciones.

Su rostro palideció. ¿Por qué se mostraba tan susceptible conmigo? Después de todo, podía suponer que yo sabía perfectamente la clase de pájara que era.

—Él me propuso muchas cosas —murmuró—; pero yo no acepté ninguna, Steve.

—Eso no me importa. ¿Qué sabes de él? Tenía dinero invertido en este *cabaret.*

—La verdad es que «La Pagoda» era totalmente suya. Sagar era un socio… industrial. Llevaba el negocio con total independencia, pero debía rendirle cuentas a Dalton.

—Ya veo. Sigue, a ver si consigo aclarar este embrollo… Ya sé que después de lo sucedido es algo absurdo que yo recurra a ti, pero no se trata solamente de salvar mi propio cuello, sino de darle su merecido a Sagar. Por lo que he podido escuchar desde el pasillo no parece que las cosas vayan muy bien entre tú y él.

—Odio a ese hombre…

—Si eso es cierto, dime todo lo que sepas de Dalton y sus negocios.

—¿Crees que es Sagar quien lo ha matado?

—De momento, Sagar tiene todas mis preferencias en ese aspecto, y no sólo por simple antipatía.

—Te diré todo lo que yo sé, Steve… pero después dejarás que te

diga también todo lo que he deseado explicarte durante esos años…

—¿Es una condición lo que impones?

Vaciló un instante. Mis nervios estaban tensos como cables de acero. No sabía comprender lo que me sucedía en aquellos momentos, teniéndola tan cerca, oyendo su voz y sabiendo que no podía matarla. Aspirar su perfume, captar casi su mismo aliento, turbaba mi espíritu y me costaba grandes esfuerzos prestar atención a lo que estaba diciendo.

—Muy bien, tú ganas. Te escucho —asentí.

—Sagar tenía este local medio abandonado. Lo desacreditó de tal forma que acabó con la clientela. Los únicos que venían aquí eran ratas del puerto con muchas ganas de armar escándalo pero con muy poco dinero. Entonces Sagar decidió que con una gran reforma, buenas atracciones y una selección de la clientela eso sería un negocio de primera. Comprendió que se había equivocado al principio, cuando lo dejó caer…

—Comprendo. Ahí es donde entra Dalton.

—En efecto. El presupuesto de la reforma importaba muchos miles de dólares y en aquellos momentos Sagar no los tenía ni mucho menos. Encontró a Dalton, le llenó la cabeza tomándolo por un «mirlo blanco» y le convenció. Dalton pagó la reforma con la condición de adquirir la totalidad del negocio. Así fue como Sagar quedó como socio industrial, aunque él contaba con engañar fácilmente a Dalton, al que tomó por un tonto.

—Y se equivocó, ¿no es eso?

—¡Y tanto si se equivocó! Dalton se mostró más autoritario que nadie, fiscalizó las cuentas desde el principio y adquirió aires de amo absoluto. Además, nunca se presentaba a la misma hora. Nadie sabía cuánto iba a aparecer, de manera que más de una vez sorprendió a Sagar en alguno de sus manejos y se armó una buena pelotera. Dalton demostró que era el amo de todo.

—¿También de ti?

Parpadeó, sin dejar de mirarme a la cara. Eso fue todo. Luego dijo:

—Lo intentó por lo menos. Me asediaba a todas horas… llegó a ofrecerme un lujoso apartamento y una cantidad muy fuerte cada mes… Incluso me dijo que pondría parte de este negocio a mi nombre…

—¿De «La Pagoda»?

—Sí. Eso enfureció a Sagar. Estuvieron a punto de llegar a las manos.

—Ya veo…

—¿Crees que todo esto te servirá, Steve?

—Seguro…

Se acercó más a mí, tanto que casi llegué a percibir el calor de su cuerpo.

—Ahora debes seguir escuchándome, Steve —suplicó—. Lo has prometido.

—De acuerdo, aunque me pregunto qué esperas conseguir con eso.

Desvió la mirada. Y de pronto murmuró:

—Tanto como he deseado contártelo todo… hablarte de lo que sucedió, y ahora no me atrevo a decírtelo por temor a que no me creas…

—Prueba a ver.

Encendí un cigarrillo sin mirarla en ningún momento. No me sentía muy seguro de mis reacciones.

Ella prosiguió:

—Sé… sé que te hice mucho daño entonces, Steve. Pensé alcanzar el mundo con sólo alargar la mano y lo único que conseguí fue un puñado de barro. Tú no sabes cómo he pagado mi equivocación, Steve.

—No puedes culpar a nadie. Nadie te empujó hacia el brillante porvenir que ambicionabas, Carola. ¿O puedo llamarte ya por tu nombre?

—Quiero que me llames con él. Jamás debí haberlo cambiado… Pero soñaba con escalar la cumbre, llegar a un triunfo que me parecía fácil. Pensé que si seguía a tu lado no obtendría más que inseguridad… Eras uno de los mejores investigadores de Los Ángeles, pero dependías de la suerte. Creía que… En fin, ¿para qué recordarlo? Por eso, cuando creí que se me presentaba la gran ocasión de mi vida te abandoné. Si es cierto que todos cometemos por lo menos una gran equivocación a lo largo de nuestra vida, la mía fue dejarte a ti. Y resultó una terrible equivocación, Steve, puedes estar seguro…

De pronto, se interrumpió y empezó a llorar otra vez. Me llamé

imbécil en todos los idiomas porque me encontré sintiendo cierta piedad por ella.

Tal vez por eso le espeté secamente:

—Es una linda historia de arrepentimiento, Ilona… Pero la verdad es que huiste cobardemente con un hombre. Ni siquiera dejaste una letra explicando tu fuga…

Eso la hizo reaccionar vivamente.

—Estás en un error, Steve. Marché con un hombre, es cierto. Pero fue precisamente porque me prometió una carrera artística llena de triunfos. Me aseguró que era propietario de varios espectáculos… que había estado buscando a una chica desconocida para convertirla en estrella y basar su propaganda precisamente en esto: en que era una desconocida… Ya has visto la clase de triunfo que me reportó.

—No sé si estás diciendo la verdad, Ilona, o si todo esto no es más que un cuento bien amañado. Sea como sea… nunca te pusiste en contacto conmigo… ni pediste el divorcio. Además, si te arrepentiste tan pronto de lo que habías hecho, ¿por qué no volviste a casa?

—¡Pero si regresé, Steve, te juro que regresé! Pero tú ya no vivías en… en nuestra casa. Habías abandonado la ciudad y nadie me supo dar razón de ti…

—Vine a establecerme aquí porque nadie me conocía. Creí que el pasado quedaría atrás al pisar estas calles. Necesitaba olvidar…

—Y yo lo necesito ahora, Steve. ¡No sabes cuánto lo necesito! Nunca he dejado de quererte con toda mi alma. Cuando volví a nuestra casa iba dispuesta a arrojarme a tus pies y a pedirte perdón de rodillas por mi locura… y ya no te encontré… ¡Ya no te encontré, Steve!

¿Qué infiernos me estaba pasando? No tenía valor ni para mirarla. Le di la espalda y empecé a pasear de un lado a otro del camerino, fumando furiosamente y buscando una solución, una salida que me permitiera quedar como un hombre fuerte, duro, ante aquella mujer que se había burlado de mí destrozando todos los sueños que con ella había edificado…

Y de nuevo su voz susurró:

—No te pido que me perdones ahora, Steve… sólo te ruego que me creas…

Tampoco respondí. Saqué otro cigarrillo y lo encendí con la colilla del otro.

Pasó más de un minuto antes de que ella volviera a hablar.

—No quieres creerme, ¿verdad, Steve?

Me detuve. El humo del tabaco tenía un gusto amargo… o era mi boca que estaba amarga de tanta hiel como había tragado.

—¿Quién era él, Ilona?

—¿Cómo?

—¿Quién era el hombre con el que huiste?

Vaciló. Pero casi al instante aspiró hondo y murmuró:

—Sagar.

Casi di un salto.

—¡Sagar! —exclamé.

Sin saber cómo, me la encontré junto a mí y sus manos se engarfiaron en mis brazos. Su cara levantada me miraba implorante, húmeda de llanto.

—¡Steve! ¿Me crees, verdad? ¡Tienes que creerme… aunque no me perdones…! ¡Oh, por favor, por favor! ¿Me crees, Steve?

—Sí… creo que dices la verdad.

—¡Al fin, Dios mío!

Estalló en sollozos y se abrazó a mí furiosamente, ocultando su cara en mi hombro.

Mi mente era un caos. Un huracán de sensaciones. No podía pensar, ni decidir qué era lo que debía hacer…

Un solo pensamiento había sustituido a todos los demás.

Sagar era quien me la había arrebatado.

El aroma a jazmín que se desprendía de ella semejaba envolverme y penetrar hasta lo más profundo de mis sentidos. Bajé la mirada y tropecé con la suya que estaba fija en mí, llorando y haciendo esfuerzos por sonreír. Sus labios no lo conseguían. Estaban rojos y húmedos, tensos…

¡Y los besé!

Besé a la mujer que había aguardado durante tres años para matarla.

Estaba loco. No era posible. Mi cuerpo actuaba independientemente de la mente… que me ordenaba arrojarla de mi lado…

—Vámonos de aquí, Ilona —dije.

—¡Steve!

—Vámonos donde nadie se interponga entre los dos. Después…

—Donde tú quieras, amor… Pero debo actuar primero para que Sagar no sospeche…

—¡Al diablo Sagar! Yo le ajustaré las cuentas.

Sus labios buscaron los míos otra vez. Y me dejé vencer, y la besé y me hundí hasta el fondo de aquel abismo… sin escuchar las protestas de mi cerebro.

Una eternidad más tarde me aparté de ella no sin esfuerzo.

—¿Hay alguna salida trasera, Ilona? —quise saber antes de abrir la puerta.

—Sí…

—Entonces no perdamos más tiempo. Esta noche va a resultar corta para todo lo que tengo que hacer.

Abrí la puerta y me aseguré de que el pasillo estaba desierto. Iba a salir cuando sentí su mano que me retenía.

—¿Qué sucede?

—Steve… ¿Estás seguro que deseas llevarme contigo?

La miré a los ojos.

—Lo estoy haciendo, ¿no es cierto?

—¿Quiere decir eso que me perdonas todo el daño que te hice?

—No estoy seguro de nada en estos momentos, Ilona… no sabría analizar mis sentimientos. Todo ha sido demasiado inesperado y sorprendente. Sólo sé que sigo queriéndote, cuando estaba convencido de odiarte hasta la muerte.

—Eso es suficiente para mí, amor… Iré por dónde tú me lleves.

Salimos y no me preocupé de cerrar la puerta del camerino.

CAPÍTULO IX

—Así que ésa es su historia, Blake.

Carrigan se levantó y dio unos pasos, indeciso. Después se volvió en redondo y se enfrentó conmigo otra vez. Estaba rojo.

—¿Pretende que me trague ese cuento de hadas? ¡Maldito sea! Y me ha hecho intervenir ese teléfono…

—¿Qué encuentra de malo en mi historia? —dije, furioso—. Me rompo los cascos para dar con usted, le proporciono la solución de un crimen y se vuelve contra mí. ¿Qué demonios es lo que quiere, si es que lo sabe?

—Al diablo…

Se apartó de mí. Pensativo, se acercó a la ventana y se quedó allí mirando a la oscuridad de la calle. Yo insistí:

—Espere a que le entreguen el resultado del análisis de la grasa. Entonces quizá crea que le he dicho la verdad.

—Puede ser la misma clase de grasa, ¿qué duda cabe? Pero usted puede haberla tomado de cualquier parte. Es un lubricante común y…

—Y está esparcido por el garaje de Sagar. Salpicado, ¿comprende? ¡Salpicado, maldita sea!

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿Es posible que no lo vea? Dalton estaba prisionero en la residencia de Sagar a la espera del momento oportuno de darle el pasaporte. Ese momento llegó cuando me tuvieron a mí para cargarme con el paquete. Entonces lo llevaron al garaje para pegarle un tiro y meterlo en mi coche. Pero el hombre debió defenderse… lo más seguro que es que empezase a pegar patadas y puntapiés a su alrededor. Con uno de ellos golpeó la lata de grasa y la lanzó contra la pared, ensuciándose el pantalón y la carrocería de mi coche. Debió armar un buen barullo que aturdió a los asesinos. Por eso le pegaron un tiro y no se les ocurrió

ensuciarme a mí también con la condenada grasa.

—Ya veo…

—¿Y qué?

—Eso tiene cierto sentido… pero no es una prueba suficiente para echarle el guante a Sagar. Sus abogados lo soltarían en menos de una hora.

En eso tenía razón. Y también la tenía en lo que dijo a continuación:

—Además, usted mismo reconoce que él personalmente no obtenía beneficio alguno con matar a su socio. «La Pagoda» pasará a propiedad de la viuda, ¿no es así?

—Ajá… ahí es donde quería llegar. Y por eso le he pedido que instalara una derivación en el teléfono.

—Comprendo…

—Pero ¿es posible que no comprenda el juego?

—Sí, creo que empiezo a verlo igual que usted. Sagar y la viuda están de acuerdo.

—¡Claro que están de acuerdo! Lo de las visitas al despacho de Sagar no eran para enterarse de la marcha del negocio… sino que eran visitas amorosas. Ahí es donde encaja el que ella me buscara a mí para ese trabajo. Necesitaba a un tipo desacreditado, al que la policía era capaz de creer culpable de un asesinato… Un borracho al que se pudiera utilizar a su antojo, aunque fuera enamorándolo. Usted sorprendió aquella escena, Carrigan. ¿Qué pensó entonces?

—Que usted se había enamorado de ella… o que los dos estaban enamorados y que habían decidido deshacerse del marido, usted para quedarse con la belleza y ella para embolsarse la fortuna.

—Y eso es lo que ellos deseaban hacer creer a la policía. Y, aun suponiendo que yo, con el tiempo, hubiese podido demostrar mi inocencia, habría transcurrido el suficiente para que, si quedaba alguna pista, quedara borrada y el interés de la policía medio desvanecido. Ésa era la gran jugada.

—Todo eso, está muy bien para discutirlo usted y yo mano a mano. Pero no tenemos ni la sombra de una prueba…

El timbre del teléfono nos interrumpió. Carrigan se precipitó al aparato y escuchó atentamente. Después gruñó:

—Perfecto. Sigan a la escucha.

Colgó y dijo entre dientes:

—Parece que vamos por buen camino. Van a reunirse dentro de media hora.

—¿Dónde?

—En casa de ella.

—Eso es lo que yo esperaba. ¿Está dispuesto a seguir la comedia de que le he hablado?

Vaciló.

—Si está usted equivocado me expulsarán del cuerpo —refunfuñó.

—No exagere —dije—. A lo más que llegarán será a vestirlo de uniforme para que haga rondas callejeras.

—No es ningún consuelo, Blake.

—¿Qué, se arriesga?

Se echó el sombrero hacia atrás de un manotazo. Acabó por sacárselo y rascarse la coronilla con gesto de preocupación. Pero refunfuñó:

—*Okey*, maldito borracho, vamos a probarlo… Y que Dios le ayude si se ha equivocado.

—Si me he equivocado me parece que tendrá que ayudarnos a los dos…

Lo dejé muy pensativo mientras yo me introduje en el dormitorio. Ilona, sentada en la cama, me miró con ojos asustados.

—Lo he oído todo, Steve —murmuró—. ¿Qué es lo que te propones ahora?

—Terminar con todo esto de una maldita vez. Además, creo que podré darle su merecido a Sagar…

Vino a mis brazos y se apretó contra mí desesperadamente.

—¡Por favor, ten cuidado, amor! Si te sucede algo ahora que te he encontrado…

—Todo saldrá bien. Pero escucha, querida, y no olvides lo que voy a decirte. No abras la puerta a nadie sea quien sea. Posiblemente Sagar estará buscándote por toda la ciudad… no quiero correr ningún riesgo en ese aspecto. Quédate aquí y trata de dormir… Y por encima de todo, no abras la puerta. Yo tengo mi propia llave así es que no necesito llamar.

—Haré lo que quieras, Steve, con tal de que vuelvas…

La besé como despedida. En mi mente no quedaba una sola idea de venganza.

Cuando la solté, Carrigan estaba en la puerta mirándonos con gesto de reproche. Gruñó de mal talante:

—Está bien, Blake, vámonos de una vez. ¿No puede dejar de pensar en las mujeres ni en estos momentos?

—He estado años pensando en ésta, teniente.

Retrocedió. Durante unos instantes, ella y yo permanecimos quietos, mirándonos. Después di media vuelta y abandoné la habitación y el apartamento, seguido por el teniente Carrigan.

Cuando me abrió la puerta Doris no daba la sensación de ser una viuda reciente. Su vestido era un modelo provocativo, escotado exageradamente y de un color azul vivo, adaptado al cuerpo para realzar cada uno de sus encantos.

Pareció un poco sorprendida de verme.

—Steve… —balbuceó.

—Tengo que hablarte, cariño.

Entré decidido y ella cerró la puerta. La seguí hasta el saloncito interior y allí me quedé mirándola. No había duda de que era capaz de volverle el seso al más pintado.

—Tienes unas horas de visita muy originales —comentó con cierto humor.

—A cualquier hora que venga a verte, Doris, resultas una fiesta para los ojos. ¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—Tengo la vaga impresión de que sí lo has dado a entender.

Se rió alegremente. Un instante después estaba en mis brazos y sus labios buscaban los míos. La aparté suavemente antes de besarla.

—Espera un poco, cariño —dije con voz ronca—. ¿No quieres saber primero a qué he venido?

—Hay tiempo para eso, amor.

Bien, la besé. De todas formas habría tiempo para todo.

—Ahora puedes decirme todo lo que quieras, Steve —murmuró al apartarse.

—Primero —dije—. Sagar es quien mató a tu marido. Se quedó helada.

—¿Cómo… cómo lo sabes?

—Tengo varias pruebas, querida, una de ellas la grasa que ensuciaba los pantalones del cadáver y la carrocería de mi coche. Esa grasa salió del garaje de Sagar.

—¿Lo… lo sabe la policía?

—Todavía no, pero voy a decírselo esta misma noche. Sin embargo, quería hablar contigo primero porque hay algo más que tengo para ti.

—¿Sí, Steve?

—Ajá… Supongamos que Sagar es detenido. Él seguirá teniendo parte en el negocio de «La Pagoda». ¿No es cierto?

—Claro…

—Muy bien. He ideado la manera de que eso no suceda. El *cabaret* pasará íntegramente a tus manos sin que él pueda percibir un centavo.

No respondió. Me pareció un poco aturdida. Pregunté suavemente:

—¿No tienes nada que decir a eso, amor?

—Me parece algo maravilloso. ¿Crees que podrás aportar pruebas suficientes contra Sagar?

—Seguro. No hay ni la sombra de una duda. Pero queda algo más que quiero decirte… Oye —dije de pronto, como si acabara de asaltarme la idea en aquel preciso instante—: Supongo que estás sola, ¿no?

—Claro que estoy sola. ¿Quién crees que puede estar aquí?

—No lo sé. Pensé que tal vez hubieses tomado una sirvienta…

—¡Qué idea más absurda! Vamos, cariño, sigue dándome más noticias.

—Eso no es una noticia, sino una pregunta, amor mío.

—¿Y bien?

—¿Quieres casarte conmigo?

Petrificada, no acertó a moverse ni a contestar Sólo al cabo de unos instantes susurró apenas sin voz:

—Steve…

—Te quiero, Doris… Todo lo que he hecho ha sido por ti… Habré acabado con Sagar tanto para sacudirme la amenaza del crimen como para librarte a ti de las sospechas de la policía. Además, te quiero.

Me dio la espalda para ocultar la expresión de su rostro. No podía dominar sus sentimientos. Tuve que esforzarme para no delatarme echándome a reír.

Sin volverse dijo:

—Steve… eso es algo tan sorprendente… tan inesperado…

—¿Tan difícil encuentras decidirte?

—Eso no se decide así… a la ligera…

—¿Es que hay otro hombre en tu corazón, Doris?

—¡Qué absurdo! ¿De dónde sacas esa idea?

Había llegado el momento de desencadenar la tempestad. Aspiré hondo y dije suavemente:

—Yo creía que te interesabas por Sagar, preciosa mía.

Se puso tensa como un cable de acero. Pude ver la rigidez de su nuca.

Su voz era ronca cuando balbuceó:

—¿Sagar?

—¿No es así, «cariño»? ¿No es cierto que es Sagar el hombre de tu corazón, el hombre al que visitabas en su despacho para echarte en sus brazos?

Su respiración se hizo silbante, agitada. Me pregunté por dónde aparecería el pistolero.

Ella dijo al fin con una voz cargada de ira:

—Así que lo has descubierto, Steve…

—Naturalmente. Mi oficio es descubrir estas cosas, Doris. Tu amado Sagar ha cometido algunos errores que lo llevarán a la silla caliente en menos tiempo del que se tarda en contarlo.

Entonces surgió. Primero fue su voz, que sonó a mi espalda.

—Canta usted victoria demasiado pronto, estúpido.

Allí estaba el gran hombre. Una pistola automática destellaba en su mano. Era un arma de lujo. Todo en él debía ser fuera de lo corriente, incluso el asesinato.

—Estaba preguntándome cuándo aparecería usted, matón —dije con afectada calma.

—No irá a decirme que sabía usted que yo estaba aquí.

—Naturalmente, Sagar. Por eso me he decidido a entrar. Quería sorprenderles a los dos, adquirir la seguridad de que mis sospechas eran ciertas antes de acudir a la policía.

—O es usted más idiota de lo que yo había supuesto, Blake, o el alcohol le ha vuelto, el cerebro al revés. ¿Cree realmente que podrá ir a la policía después de esto?

—Estoy seguro.

Soltó una carcajada. Doris se apartó de mí y fue a colocarse

cerca del pistolero. Desde luego, Sagar tenía un tipo impresionante. El tipo y la cara que enloquecen a cierta clase de mujeres. Sonreía, cargado de seguridad.

—¿Cuándo ha descubierto lo de la grasa, pesquisa? —indagó fríamente.

—Esta misma noche. Supongo que Dalton lanzaría una lata contra la pared con un puntapié, ¿no fue así, hombre listo?

—Ha acertado. No quería dejarse matar… y peleó como un gato panza arriba.

—Cualquiera lo haría en su lugar.

—Trate de hacerlo usted ahora, Blake… Vamos… voy a cazarle como a una liebre…

—¿Ensuciando las alfombras de Doris, Sagar? No creo que se atreva a matarme aquí mismo… No lo hará. Aparte de que no tiene usted valor suficiente para apretar el gatillo cara a cara.

—Debe de estar loco —refunfuñó.

Se acercó a mí adoptando ciertas precauciones.

—Levante los brazos y vuélvase de espaldas —ordenó.

Lo hice. Sentí cómo se apoderaba de mi revólver, un poco sorprendido de mi pasividad. Era tan engreído, tan estúpido, que no se daba cuenta de la trampa en que estaba metiéndose.

—¿Va a dispararme por la espalda, Sagar?

—No. Quiero verle la cara cuando se la vuele.

Me volví. Estaba pálido y tenso. Arrojó mi revólver sobre el diván desdeñosamente.

Entonces dije:

—Deseaba este momento, Sagar, porque es mi venganza. Usted me robó a Ilona, ¿recuerda? Se la llevó, engañándola miserablemente, explotando su ingenuidad… Siempre he deseado saber la identidad del hombre que lo hizo.

—Ya lo sabe. También sabe que yo maté a Dalton en complicidad con Doris. Ahora dígame qué espera conseguir sabiéndolo… aparte de la cabeza llena de plomo, naturalmente.

—No le temo, pistolero…

Avancé hacia él despacio, pero con aire resuelto. Sorprendido, retrocedió levantando el cañón de su automática.

—¡Quieto, Blake! No me obligue a matarlo aquí mismo.

Estaba desconcertado por mi actitud. Era lógico suponer que no

deseaba matarme en casa de Doris. Deshacerse de un cadáver siempre es un engorro, y más en un barrio elegante…

—¡Basta, Blake! —chilló—. Le mataré…

Cesé de andar y él de retroceder. Doris nos miraba con los ojos desorbitados de terror. Era muy distinto disponer un asesinato sin intervenir para nada en él, sin ver la sangre, sin ensuciarse las manos, a verle saltar la cabeza a un hombre en su propia casa.

Esos instantes de quietud, de completa inmovilidad, dieron algo más de valor a Sagar. Sonrió y habló con voz segura:

—Ha sido más listo de lo que habíamos creído, maldito borracho. La lástima para usted es que no lo ha sido bastante para hacernos daño. Debió haber informado a la policía antes de venir aquí… Ahora no tendrá oportunidad de hacerlo de manera que los polizontes seguirán dudando si fue usted o no quien mató a Dalton. Nunca podrán probar que fui yo. Apártese a un lado…

Avanzó hacia el teléfono. Comprendí lo que se proponía. Llamar a sus esbirros para que me hicieran desaparecer. Aquello ya había durado bastante.

—¡Quieto, Sagar! —grité—. ¡Ha perdido esta partida!

Sorprendido, se detuvo preguntándose qué nueva artimaña se me habría ocurrido.

No le di tiempo de reflexionar porque añadí:

—¡Ahora, Carrigan!

El teniente surgió como por arte de magia en la entrada del saloncito. Le seguían dos de sus hombres, todos ellos con las armas empuñadas.

Sagar comprendió entonces. Comprendió la trampa en que había caído. También Doris se dio cuenta de que estaba perdida. Soltó un chillido y trató de acercarse al hombre que quería, pero Sagar perdió el sentido común cuando más falta le hacía.

Disparó.

Disparó contra mí sin apuntar, loco de furia y de ansias de venganza. Sentí la bala zumbar muy cerca de mi cabeza y me arrojé al suelo, rodando sobre mí mismo.

—¡Suelte la pistola, Sagar! —gritó Carrigan, no deseando matarlo.

No la soltó. Lo único que hizo fue girar sobre sus talones con la evidente intensión de enfrentarse a los policías. Era mi oportunidad.

Me lancé sobre él como impulsado por un resorte y fui a estrellarme contra su espalda, tirándolo de bruces. Con el batacazo, la pistola escapó de su mano.

Fue un instante que me pareció eterno. Se mezclaron los chillidos de Doris con las secas órdenes, del teniente y las voces de sus hombres, mientras Sagar y yo rodábamos por el suelo sujetos en mortal abrazo. Conseguí conectar un buen golpe en un lado de su cabeza, pero el pistolero no era ningún niño. Y la desesperación multiplicaba sus fuerzas. Su único deseo era acabar conmigo, aplastarme… Yo era el tipo que le había conducido a la ruina, que le había abierto la puerta de la silla eléctrica.

De pronto, unas manos como garras hicieron presa en mí y me separaron del asesino. Vi al otro policía que también inmovilizaba a Sagar y entonces me encontré forcejeando con el agente para arrojarme de nuevo sobre el hombre que me había robado a Ilona… el bastardo que me había arrojado a una vida de ignominia y alcohol…

—¡Basta, maldita sea! —aulló Carrigan.

Doris estaba a un lado con las muñecas sujetas por un par de esposas. Miré a Carrigan y le recordé con voz ronca:

—Usted me ha hecho una promesa mientras veníamos hacia aquí, teniente…

Sonrió irónicamente.

—Es cierto… Suéltenlos —ordenó a sus hombres.

Los dos agentes no acababan de dar crédito a esa orden. El teniente añadió:

—Llévense a la mujer y esperen, en el coche. Blake tiene una cuenta pendiente con ese criminal…

—Pero teniente…

La protesta del agente murió en sus labios ante la mirada de su jefe.

Nos soltaron. Quedamos solos Sagar y yo, frente a frente, con el teniente apoyado de espaldas a la puerta encendiendo un cigarrillo y sosteniendo descuidadamente su revólver de reglamento.

—Adelante, Blake —gruñó—. Tiene cinco minutos…

Al fin tenía a Sagar en mis manos. ¡Mi venganza! No fracasaría ahora… Tenía que machacarlo… alejar de mí la sensación de frustración y de fracaso… si le vencía yo volvería a ser el mismo

Steve Blake de Los Ángeles…

Salté como una fiera sedienta de sangre. Sagar recibió el impacto en pleno rostro, pero se rehízo rápidamente. No era blando ni mucho menos y sabía que, de cualquier forma que aquello terminara, él era hombre muerto. Así es que aceptó el combate.

Fue una verdadera pesadilla. Sentí sus puños que machacaban mi cara y mi cuerpo implacablemente, pero no intenté siquiera rehuir sus golpes. Lo único que deseaba era hacerle daño, destrozarlo. Y mis puños se hundieron una y otra vez en su carne, lacerando y destrozando al hombre causante de todas mis angustias. Ya no sentía sus impactos. No había cabida en mi cuerpo para el dolor.

Durante un fugaz instante quedamos separados, frente a frente. Sagar tenía la cara llena de sangre y jadeaba como un fuelle. De nuevo, se arrojó sobre mí completamente enloquecido. Conseguí acertar un «gancho» en la punta de su mentón y el asesino voló hacia atrás hasta estrellarse nuevamente contra la pared. Un cuadro se desprendió y el cristal se hizo añicos en el suelo.

Sagar quedó aturdido y yo repetí el golpe una, dos, tres veces con ambas manos. Su cabeza chocaba con ruido sordo contra la pared a cada impacto que recibía.

De pronto, levantó la rodilla y la clavó en mi estómago. Creí morir al escapar el aire de mis pulmones y no poder respirar a causa del dolor. Entonces se echó sobre mí, vacilante como un borracho…

De nuevo nos trabamos en lucha cuerpo a cuerpo. Mis fuerzas iban agotándose, pero cada golpe que conseguía clavar en su cuerpo era también un ariete que agotaba las suyas. La victoria sería del que antes quedase sin resuello…

Golpes y más golpes. Sucios, tan sucios y salvajes como podíamos propinar… hasta que Sagar cayó de rodillas. ¡Era mío!

A golpes lo empujé contra el muro y allí le machaqué. Cada puño me pasaba una tonelada, de manera que moverlos me, costaba un esfuerzo sobrehumano. Pero él ya no se defendía, Sagar se sostenía en pie sujeto a la pared por mis puños.

Hasta que la voz de Carrigan gritó:

—¡Basta, Blake! Ya tiene lo que quería…

Disparé mi puño derecho contra los restos de aquella cara y Sagar se deslizó a lo largo de la pared hasta quedar acurrucado en

el suelo convertido en una piltrafa. Me tambaleé al apartarme de él, incapaz de mantenerme en pie.

Carrigan vino hacia mí y se quedó allí plantado, mirando al caído pistolero. Comentó, burlón:

—Buen combate, Blake… Ya era hora de que alguien le ajustara a usted las cuentas.

—¿A mí?

—Naturalmente. Me ha dado demasiados quebraderos de cabeza… y yo no podía hacer con usted lo que ha hecho Sagar.

—Ya veo…

Todo estaba haciéndose borroso… Carrigan se alejaba de mí…

Hasta su voz me llegó de muy lejos cuando exclamó:

—¡Diablos, Blake! ¿Va a derrumbarse ahora?

¡Vaya si me derrumbé! Vi una cortina negra que caía sobre mí y lo envolvía todo… y después nada. Oscuridad total.

Cuando recobré el conocimiento estaba tendido en una cama. Las paredes eran blancas y todo olía a desinfectante. Cualquiera hubiera dicho que habían rociado las paredes con formaldehido…

Carrigan estaba a un lado de la cama. En el otro, Ilona se inclinaba sobre mí con expresión anhelante.

—¡Steve…! —balbuceó.

Miré a Carrigan. Éste dijo:

—La he traído aquí, Blake… he pensado que desearía verla al despertar.

—Siempre he dicho que es usted un tipo listo, teniente…

Se rió de mi vacilante voz.

—Está tan débil como un recién nacido, Blake… Por si le agrada saberlo, le diré que Doris ha firmado una confesión completa. Está en poder del D. A.

—¿Y Sagar?

—Los médicos están trabajando en él… tratan de reconstruirlo.

Soltó una carcajada y se encasquetó el sombrero.

—¿Se marcha, Carrigan?

—Sí… sé darme cuenta de cuándo estorbo. Sin embargo, cuando usted salga de aquí quiero que pase por mi oficina… tiene que firmar un montón de papeles.

—Lo haré…

Miró un instante a Ilona. Sonrió y dijo como despedida:

—Cuídelo, muchacha. Si no le deja beber es posible que consiga algo decente de él…

Abandonó la habitación. Vi el rostro de Ilona que descendía despacio, suavemente, hasta que sus labios se estrellaron contra los míos sin pronunciar palabra.

Era el tratamiento que necesitaba. El beso se hizo eterno, vibrante y profundo como el océano… y yo deseaba que no terminase nunca. Permanecer siempre con ella junto a mí, con su boca contra la mía y sentirme de nuevo en nuestra casita de Los Ángeles… como antes… como siempre…

Una enfermera abrió la puerta y asomó la cabeza. Abrió mucho los ojos, asombrada. Después hizo, una mueca y gruñó:

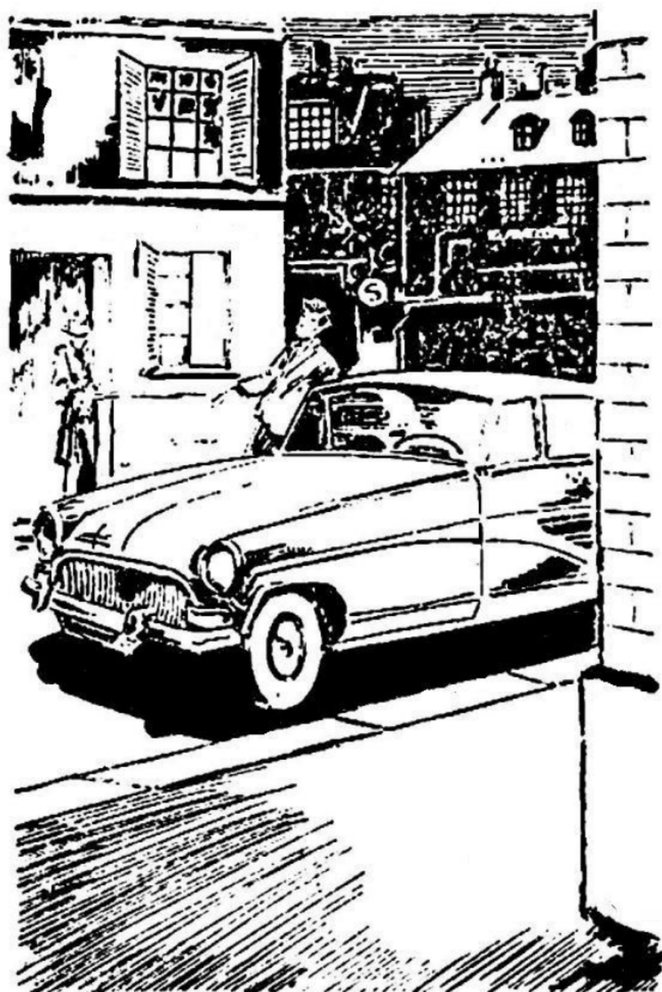
—Perdonen… lo siento…

Desapareció precipitadamente.

Ilona seguía siendo mía. Eso era lo único que tenía importancia.

Mía…

FIN



EL HOMBRE IMPASIBLE

por Alar Benet

—Quise saber si estaba viva. ¿Es esto?

Les entregó el tejido. Tres hombres lo examinaron con detenimiento, temerosos de un engaño. El cuarto no cejaba en la vigilancia de Greeve, que miró su cronómetro con inquietud. ¿Fallaría el preparado químico?

De improviso una llamarada se alzó en el lugar en el que cayera el paquete de «Abdullhas», al tiempo que unas sordas explosiones indicaban el comienzo de un ataque. Hugh se arrojó al suelo, desenfundando su pistola mientras gritaba:

—¡Huye, mamá!

La anciana, en el puesto de conductor, viendo en peligro a su hijo, hizo girar la llave de contacto, poniendo en marcha el automóvil, mientras sonaban varias detonaciones. En lugar de escapar, enfiló el vehículo contra sus raptores.

Anteriormente, Hugh había eliminado al que le vigilaba, disparando contra él su revólver. Los tres compañeros del muerto, segundos antes de que la madre de Greeve interviniera, notaron que algo oprimía sus gargantas, haciéndoles toser. Uno gritó, desconcertado:

—¡Gases!

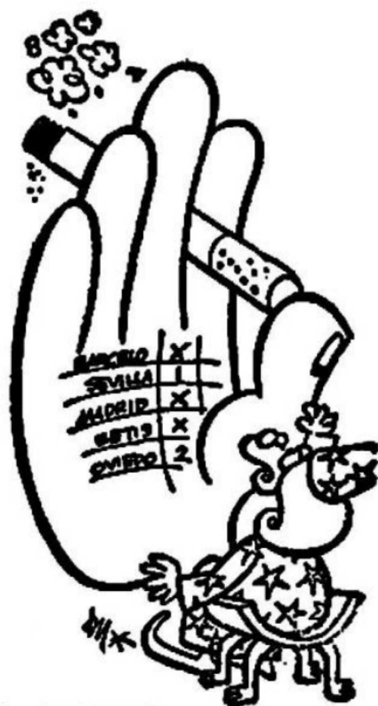
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



MARABU ZAS





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain